UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309341 4

POLÍTICA QUIRÚRGICA

Obras que componen la Biblioteca de D. Joaquín Costa

Naciones, 2 y 4, hotel.—Madrid.

1.—Teoría del hecho jurídico, individual y social..... pesetas 7
2.—La libertad civil y el Congreso de jurisconsultos aragoneses. 7
3.—Estudios jurídicos y políticos... 7
4.—La vida del Derecho, con prólogo de D. Gumersindo de Azcárate..... 5
5.—Reorganización del Notariado, del Registro de la propiedad y de la Administración de Justicia 5
6.—Reforma de la Fe pública..... 4
7.—El juicio pericial (de peritos prácticos, liquidadores, partidores, terceros, etc.) y su procedimiento..... 3
8.—Los fideicomisos de confianza.. 4
9.—La poesía popular española, y Mitología y Literatura celto-hispanas..... 10
10.—Estudios ibéricos. (La servidumbre entre los iberos. Litoral español del Mediterráneo en los siglos VI-V antes de J. C.)..... 6
11.—Colectivismo agrario en España (Doctrinas y hechos)..... 12
12.—Reconstitución y europeización de España..... 6
13.—Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España; urgencia y modo de cambiarla..... pesetas 14
14.—Crisis política de España. (Doble llave al sepulcro del Cid).... 2
15.—El problema de la ignorancia del derecho y sus relaciones con el status individual, el referendum y la costumbre..... 1,50
16.—Derecho consuetudinario del Alto Aragón..... 7
17.—Idem id. de España..... 7
18.—Primera campaña de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.... 2
19.—La fórmula de la Agricultura española; tomo I..... 8
20.—Idem tomo II..... 6
21.—Agricultura armónica (expectante, popular)..... 2
22.—Política hidráulica. (Misión social de los riegos en España). 3,50
23.—El arbolado y la Patria..... 2,50
24.—La tierra y la cuestión social... 2,50
25.—Marina española ó la cuestión de la escuadra..... 1,50
26.—Los siete criterios de Gobierno. 2,50
27.—Revista Nacional (Organo de la Liga Nacional de Productores) 24
28.—Política quirúrgica..... 1,50

EN PRENSA Y EN PREPARACIÓN

1.—Tranvías y ómnibus; estudio de derecho administrativo.
2.—Los Ayuntamientos y las alineaciones de calles.
3.—El consejo de familia en España. (Comentarios al Código civil y jurisprudencia establecida, con notas de procedimiento.)
4.—Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867.
5.—Islas Ibicas: Círanis, Cerne, Hesperia.
6.—Último día del paganismo y... primero de lo mismo. (Obra póstuma.)
7.—Plan de una historia del derecho español en la antigüedad.
8.—El comercio español y la cuestión de Africa.
9.—El conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia.
10.—La enseñanza de la Agricultura.
11.—Cómo deben ser los Municipios.
12.—Regeneración y tutela social.
13.—Problemas de derecho aragonés.
14.—Problemas pedagógicos.
15.—La patria de Viriato.
16.—La Guinea española.
17.—Política geográfica, según Joaquín Costa.
18.—La religión de los celtíberos.
19.—Política hispano-marroquí.
20.—Problemas prolongados.
21.—Mi partido político.
22.—Estímulos comerciales.
23.—Justo de Valdediós (novela).
24.—«Dar de comer al hambriento» (problemas obreros y casas baratas).
25.—La generación del poder.
26.—Epístola republicana.
27.—El Faro de los niños.
28.—Por qué fracasó la «Unión Nacional».
29.—Lo gastado en la guerra, ¡si se hubiese gastado en la paz...!
30.—El pesimismo nacional.
31.—Zaragoza á Costa... Costa á Zaragoza.
32.—El doctrinal de Costa. (Diccionario de las diversas materias tratadas por el autor, copia de los párrafos más salientes, con indicación de la obra y página que los contiene.)
33.—Influencia del clero en el progreso de la nacionalidad.
34.—Escuela y despensa. (Problemas pedagógicos.)
35.—Colectivismo, comunismo y socialismo en derecho positivo español. (Ensayo de un plan.)
36.—Excerpta (reunión de varios trabajos).

OBRAS COMPLETAS

POLÍTICA QUIRÚRGICA

POR

JOAQUÍN COSTA

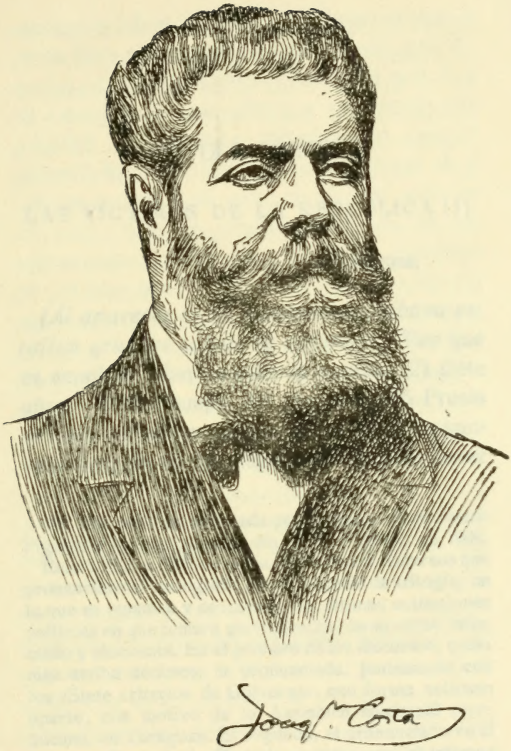
Tomo VIII de la "Biblioteca económica,,

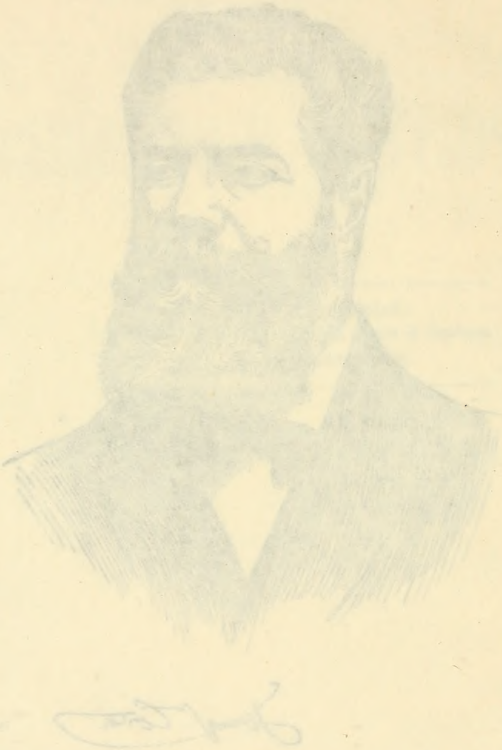
162808
7.6.2

MADRID
BIBLIOTECA «COSTA»
Naciones, 2 y 4, hotel.
1914

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—IMPR. DE FORTANET, LIBERTAD, 29. TEL.º 991





CAPÍTULO PRIMERO

LAS VÍCTIMAS DE LA REPÚBLICA (1)

A Zaragoza.

(Al aparecer el Sr. Costa en la tribuna estallan grandes salvas de aplausos.) Veo que os acordáis. Han pasado de aquello (2) siete años,—doble tiempo del que necesitó Prusia después de Jena, y del que ha bastado á los yankees después de Santiago de Cuba para llevar

---

(1) Discurso pronunciado por el autor en el teatro Pignatelli en Zaragoza, el día 13 de Febrero de 1906.

Este volumen le forman los tres últimos discursos que pronunciara el malogrado autor, especie de trilogía, en la que se resumen y descansan las últimas actuaciones políticas en que tomara parte directa con su verbo inflamado y elocuente. Es el primero de los discursos, como más arriba decimos, el pronunciado, juntamente con los «Siete criterios de Gobierno», que forma volumen aparte, con motivo de la Asamblea municipal republicana, en Zaragoza. El segundo, el pronunciado en el Frontón Central, de Madrid; y el tercero, el informe acerca del proyecto de ley sobre el terrorismo.

(2) Asamblea Nacional de Productores y su mitin preliminar, celebrados en Zaragoza en Febrero de 1899.

á cabo la revolución desde el poder y regenerar esos dos Estados;—han pasado siete años, y el gran problema social y nacional que entonces planteamos y ventilamos, el problema de nuestra rehabilitación como nación histórica y de nuestra reincorporación á la civilización europea, y dicho en otros términos, el problema de nuestra existencia nacional, lejos de adelantar hacia su solución, ha retrocedido: gravísimo ya entonces sobre toda medida, se ha hecho desde aquel momento poco menos que insoluble...

Han pasado siete años, y no tengo otra cosa que traeros sino mis tristezas patrióticas; tristezas nacidas no tanto de ver cómo, aún no instaurada la República, está ya fracasando, cuanto porque con ella está acabando de fracasar España. Os traigo la carga abrumadora de mis tristezas, — de mis tristezas patrióticas, quiero decir, no hablo de otras, — no para desahogarlas en vosotros, no para sumarlas con las vuestras y aliviarlas con un rato de murmuración y de comunes duelos y exhortaciones á la resignación y á la paciencia, sino al revés, para sacudirlas, para avivarlas, para encenderlas y arrancarlas á su pasividad y hacer de ellas una dinamita moral; para que se conviertan en vuestros pechos en energías vivas, creadoras,

en vergüenza por nuestra pasada conformidad, por nuestra sumisión lacayuna al vilipendio, en compasión para la pobre patria, que se muere, en pasión de revancha contra los verdaderos yankees, que han sido para España nuestros políticos dinásticos de los últimos treinta y un años. *(Aplausos.)*

Ya anoche, accidentalmente, saludé á los vivos: ahora he de saludar y conmemorar, á ley de agradecido, á los gloriosos muertos. Esos muertos son los abnegados voluntarios zaragozanos del 4 de Enero, que en el Arco de Cinegio y en la calle de los Mártires hicieron sacrificio de sus vidas en aras de la legalidad republicana, y que todavía á la hora de ahora, al cabo de treinta y dos años, siguen abochornándonos con el recuerdo de su virilidad y de su fe, pregoneros de nuestra degeneración y de nuestra impotencia. ¡Tú, nación española, no mereciste ni has merecido aquel sacrificio; tú, partido republicano, no has estado á la altura de aquel sacrificio, no has sabido hacer honor á la firma estampada por ellos con su sangre sobre este suelo de libertad bendecido por el paso de tantas generaciones de mártires y héroes! *(Aplausos.)*

Yo me los figuro redivivos, que se alzan de sus sepulcros, que echan á andar, envueltos en

sus sudarios, que cruzan el canal Imperial, que bajan por Torrero y pasan el Huerva y descienden á lo largo del paseo de Santa Engracia y acampan allí donde en su tiempo estuviera la fuente de Neptuno, frente por frente de Arco de Cinegio;—yo me figuro su gesto, su espanto, su estupor, el estallido de su cólera, así como se van enterando de los sucesos inverosímiles acaecidos desde aquel día;—al oir que la dinastía derrocada en 1868, se restauró en la persona de un colegial austriaco, y que por violar un pacto ajustado solemnemente con los cubanos, arrojó á éstos á una nueva guerra, larga y exterminadora, y que en ella sacrificó 100.000 hijos del pueblo, soldados y oficiales, sobre los otros 100.000 sacrificados en la primera;—al enterarse de que esa dinastía restaurada y sus cortesanos, aliados y comanditarios, en vez de acrecentar el territorio nacional, ensanchándolo por África, como todos los países hacían, perdió la mitad del que España había heredado del pasado (1), y justamente el más fér-

(1) La dinastía nos ha perdido más del 98 por 100 del territorio nacional, sin compensarlo, como Inglaterra, con nuevas adquisiciones. Al ceñir la corona Carlos III, se encontró todavía con 28 millones de kilómetros cuadrados de territorio; cuando se coronó el último Borbón, esos territorios habían descendido, se habían

til, el más opulento y que mejor porvenir brindaba; y que 200.000 hombres en armas, concentrados en una isla, fueron entregados como ovejas, y que una escuadra pereció sin poder siquiera combatir, embarrancada, y que juntamente con el territorio, con los súbditos y con la escuadra se había perdido el honor, y un patrimonio de glorias se había mancillado, pasando de heroica leyenda á caricatura, y la nación había descendido al rango de potencia de tercer orden *(Aplausos);*—al saber esta otra cosa todavía más estupenda, más increíble y más monstruosa que todas esas: que sus autores, directos ó á distancia, los que inmolaron impíamente una generación, los que vendieron un imperio, los que nos amarraron para siempre á una deuda de 3.000 millones de pesetas, parte consumidas en humo y parte robadas, los que cerraron al pueblo todo horizonte y todo porvenir y le privaron de patria, tienen todos una estatua, y algunos, para mayor ignominia, hasta por suscripción nacional; estatua Sagasta, estatua Cánovas, estatua Martínez Campos, estatua Alfonso de Borbón, lo mismo que si hubie-

---

reducido á medio millón. ¡Y es de presumir, que siguiendo las cosas como hasta aquí, el territorio seguirá menguando y encogiéndose, y cabalmente por donde vale algo, por el litoral!

sen triunfado de nuestros enemigos y creado una España nueva, y que al morir legaron en herencia el poder á sus auxiliares, cómplices y hechuras, no mejores que ellos *(Aplausos);*— al medir el grado de mentalidad y la estatura moral de los que nos tienen puesto el pie al cuello, y ver que nosotros lo sufrimos como miserables vencidos de imperio asiático, sin que nada sea parte á quitarnos el sueño ni tengamos aliento más que, á lo sumo, para chillar y protestar medrosamente y en los términos más correctos; — al contemplarnos sobrecogidos por una tremenda crisis del hambre, debida en gran parte á la inepcia, á la dejadez y al desgobierno de aquellos llamados gobernantes, y que nosotros, en vez de reaccionar contra ellos, en vez de increparles y de invitarles á que se vayan y dejen al pueblo gobernarse, y si no se van de barrerlos, imploramos de ellos el honor de una visita y el socorro de un mendrugo caído de la opípara mesa puesta por nosotros mismos al Estado *(Aplausos);* — al saber que siempre que el titulado rey nos llama á las urnas, acudimos á ellas como corderos, aun sabiendo que han de escarnecernos y despojarnos, y que luego discutimos tranquilamente y en frío con los ministros nombrados por ese rey y con los diputados nombrados por esos ministros, que

es decir, reconociendo por el mismo hecho la legitimidad del título con que gobiernan, ó mejor dicho, con que imperan sobre nosotros y nos avasallan, ellos, los descuartizadores de la patria, los sacrificadores de 100.000 vidas en Cuba, los sicarios del 4 de Enero *(Aplausos)*; al oir que con un presupuesto bárbaro de 1.000 millones de pesetas no tenemos ejército, ni marina, ni escuelas, ni caminos, ni libertades, ni tribunales, ni comicios, ni higiene, ni policía más que de papel, que la nación se halla todavía por constituir y más lejos, mucho más lejos, de Europa que en 1873; — al ver que todo el edificio social está podrido hasta la base, que toda, toda la Península, desde Pyrene á Calpe, es una úlcera pestilente, con tal ó cual oasis; que así como la pérdida de las Antillas y de Filipinas nos preparó, como con cloroformo, á la extracción de nuestras expectativas en Marruecos, la pérdida de Marruecos nos está preparando, nos tiene ya casi preparados, para amputarnos las Canarias y las Baleares, el campo de Gibraltar y el litoral gallego; — al oir que al día siguiente del desastre nacional los políticos dinásticos hablaron de hacer una revolución desde el poder, y los partidos populares de hacer una revolución desde la calle, y que todo ha parado en viento y retórica, pues la revolu-

ción no sube de la calle ni baja del Gobierno, sino que está viniendo de fuera, sin que aquel aviso fulminante de 1898 nos haya hecho ni siquiera abrir los ojos;—al contemplar á España más sola y desamparada que nunca en la cima del Gólgota, á donde ha llegado al cabo de tres siglos de penosa ascensión;—al mirarnos á nosotros, miserables pantalones sin alma, y persuadirse de que en esta España sin ventura no son ya mujeres las mujeres, sino los hombres *(Aplausos)*: — ¡ah!, aquellos honrados voluntarios, que por honrados murieron, mártires engañados de la República, volverían horrorizados la espalda al caserío, repasarían el Huerva burlón, ascenderían á Torrero, cruzarían otra vez el canal y correrían á sumergirse en las tinieblas del sepulcro, después de escupir toda su hiel y todo su desprecio al rostro de esta cobarde y egoísta, cuanto retórica generación española, que cree cumplir sus deberes para con la humanidad y para con la patria porque alienta cefirillos de oposición donde haría falta un huracán revolucionario, que hace oposición con cuenta-gotas donde ya toda una catarata del Niágara sería insuficiente. *(Aplausos prolongados.)*

Acaso haya quien piense que no es para tanto, que aquello fué uno entre tantos episodios

locales de que están llenas las historias, sin más significación que la que quiera atribuirle un sentimentalismo patético ó una conveniencia de oratoria circunstancial, necesitada de escenas emocionantes para adornar discursos; y quiero hacer ver á los tales cuán equivocados están. Pasará España, ¡ya está pasando!; pasará España, por nuestra dejadez y encogimiento de hombros, ó por nuestros pecados; lo que todavía se llama, aunque sólo á medias lo es, Península ibérica, será Península británica; y todavía entonces, el sarcófago que encierre esas cenizas sagradas será el santuario á donde acudan en peregrinación los tristes españoles que sientan nostalgias de la antigua eclipsada bandera de las barras, tres siglos bandera española. ¿Y sabéis por qué? Porque aquel día fué la gran crisis de nuestra nación, planteada cuatro centurias antes; y nosotros doblamos filosóficamente la frente ante aquella fatalidad, y sólo no la doblaron ni se resignaron los patriotas zaragozanos que, como Diomedes en Troya, pedían luz á Júpiter para pelear contra él. *(Aplusos.)* Porque en aquel día, no es que se cerrara una edad de la historia de España: se nos cerraron todas, quedando desahuciados como nación y empezando nuestra agonía. Hasta el 3 y el 4 de Enero [1874] puede decirse que

se alargó la posibilidad de atajar y cortar nuestra decadencia, de conjurar nuestra caída, de restablecer la salud y afianzar la existencia de nuestra nación sin dejarla pendiente, como ahora se halla, de un milagro.

Si la República hubiese seguido y arraigado, si no hubiese venido en hora infausta la Restauración borbónica á paralizar el movimiento de avance y el proceso plasmador que se había iniciado desde años antes y prometía restituir á la normalidad el organismo nacional enfermo; si no hubiese venido la Restauración á continuar, no la historia de España, como entonces se dijo, sino su decadencia,—he aquí lo que la lógica nos dice que habría sucedido.

España habría seguido cubriendo sus gastos con un presupuesto de 750 millones de pesetas, convertido al cupón lo que costaban las guerras civiles heredadas de la monarquía, y nos sobrarían de los 1.000 millones del presupuesto actual 250 todos los años para impulsar y forzar la europeización tan vigorosamente como lo estaba haciendo por los mismos días el Japón y es de creer que con los mismos felices resultados;—circularía el oro por el país, la terrible cuestión de los cambios no sería para nosotros cuestión, ni pesaría sobre nuestra Economía, así pública como privada, con toda la

gravedad de una montaña, porque es de saber que la peseta de la República valía un franco, y que es la peseta borbónica la peseta enferma, la que vale menos de 80 céntimos de franco;—no se habrían enconado, ó no se habría dado lugar á que surgiesen problemas tan delicados y tan arduos como el problema clerical; — con sólo desarrollar leyes promulgadas por la República y proyectos de ley sometidos ya á su Parlamento, el problema social agrario se habría desatado por sus pasos contados y á su hora, con treinta años por delante para tanteos, experiencias y rectificaciones, y no nos hallaríamos amenazados de una guerra de clases, que hará correr arroyos de sangre y acabará probablemente en intervención extranjera, porque el remedio á males tan complejos, de tan honda raíz y de tanta cuenta no puede improvisarse;—la autonomía colonial, ensayada ya en aquella sazón por la República en la pequeña Antilla, se habría hecho extensiva á Cuba: por otra parte, se habría implantado el servicio militar obligatorio sin redención, haciendo ingresar en filas á los ricos lo mismo que á los pobres; y tanto por lo uno como por lo otro, la guerra de Cuba no habría estallado ó no habría cobrado cuerpo, no existiría tratado hispano-yankee de París, conservaríamos aquel imperio

colonial, y aquella escuadra de guerra, y aquella fama de invencibles, y aquella fe en nosotros mismos y en los destinos de la patria que nos daban base para una política exterior y alentaban la esperanza de levantarnos á potencia de primer orden y colaborar otra vez en la formación de la historia contemporánea y en la obra de la civilización universal... ¡Todo eso, y mucho más que eso, se ha desvanecido para siempre, en el mortal paréntesis de la Restauración borbónica, dejada venir imbécilmente por los desalumbrados sayones del 4 de Enero! *(Aplausos.)*

Decid ahora, señores, si no encierra honda significación, trascendente é ideal, que no meramente local, transitoria y republicana, la epopeya de sangre de aquel día, que he debido traer á la memoria para rendir tributo de veneración á aquellos mártires, todavía no vengados, y á quienes, por el contrario, nuestra conducta complaciente y pasiva escarnece; para hacer de su muerte aguijón y despertador á los durmientes, que lo somos todos, con modorra criminal, de que la Restauración vive, de que la Nación agoniza; y para justificar la reserva que no dejo nunca de hacer cuando de volver á 1873 y de restaurar la patria se habla, diciendo: *si todavía es tiempo;* pues yo no puedo

perder de vista que todo en la vida tiene su oportunidad, que también la historia tiene límites marcados á su paciencia. *(Aplausos.)*

*

Todavía, no son éstas las únicas razones, y ni siquiera las principales, por las cuales hay que refrescar constantemente la memoria de aquellos sucesos, porque encierran una lección del más subido precio no sólo para el partido republicano, sino que también para la masa indiferenciada ó no política.

Lamentables discordias de los republicanos entre sí y una irreflexiva corazonada del neopretorianismo que entonces apuntó y que tan pletóricos desarrollos había de cobrar en lo sucesivo, arrebataron la República á sus naturales directores y la pusieron en manos de hombres sin fe, que, después de haber derrocado seis años antes la dinastía borbónica, habían de dejarse sorprender por ella y mirar poco menos que con indiferencia cómo se restauraba, sin oponerle la más leve resistencia. La nación no chistó; se dejó otra vez llevar y dominar; la dinastía expulsada volvió á reinar, servida hasta por los mismos que la habían derribado: siguiéronse veinte años de paz. Parecía que

de ellos había de surgir una España nueva, y la nación de segundo orden ascender al rango de primera potencia. Pues bien, sucedió todo lo contrario: la potencia de segundo orden descendió al rango de tercera; era nación colonial y naval, y perdió sus escuadras y perdió sus colonias y provincias ultramarinas, las Antillas, las Filipinas, y las Marianas y las Carolinas; había recibido de la República una peseta sana y la dejó enfermar, hasta el punto de arruinarnos y deshonrarnos; tenía una Deuda de 6.000 millones, y se la encuentra aumentada hasta los 9.000; recibió un Presupuesto de gastos de 3.000 millones de reales y nos lo ha puesto en 4.000, sin haber hecho al país menos pobre ni menos africano; recibió una bandera universalmente respetada, y una reputación militar que nos hacía veces de infantería, de caballería y de artillería, y nos ha dejado sin reputación militar y en sus manos la bandera se ha convertido ante Europa en un pendón; se encontró al pueblo escaso y lo ha dejado hambriento, á la nación independiente y la ha hecho súbdita de dos potencias, el Vaticano por una parte y la Gran Bretaña por otra.

Y todo ello, ¿cómo? ¿por qué? No quiero decirlo yo, que podría parecer sospechoso de parcialidad: lo han dicho los padres graves de

la Restauración, Silvela en 1895 y 1899, Maura en 1901 y 1902, Moret en 1905: «porque en treinta años de monarquía y de paz interior (dicen) no se ha gobernado para España, y España sin gobierno se ha quedado inconstituída, sin instituciones, sin libertades públicas de verdad, sin agricultura progresiva, sin instrucción, sin vías de comunicación, sin crédito, sin un régimen colonial justo y durable, sin ejército, sin marina,—no obstante los derroches de sangre y de dinero que para tener todo eso ha hecho durante más de una generación.»—Ahí tienen ustedes la Restauración pintada por sí misma: durante más de treinta años ha estado recibiendo un río de oro, porque gobernase al país y no lo ha gobernado: se ha limitado á gozarlo. Y el país sin gobierno se ha estrellado y se ha ido á pique. ¡Tanto como esto importaba haber mantenido en 1874 la República; tanto como esto se perdió con haber dejado restaurarse la infausta dinastía francesa destronada en 1868!

¿Ha sido culpa sólo de la Restauración y de sus comanditarios? No; es también culpa del país, de las que hemos llamado clases directoras, así neutras como republicanas, que lo han sufrido todo cobardemente, desde la ruina de los intereses económicos hasta la africanización

espiritual, desde el deshonor hasta la muerte. Los hombres de la Restauración han dejado de imperar sobre nosotros, unos, cuando los ha jubilado la muerte, como Cánovas, como Sagasta; otros, cuando se hartaron de realeza y se retiraron por su pie, como Silvela, como Montero Ríos; jamás porque los haya arrojado de sí el pueblo. *(Aplausos.)* Para eterna vergüenza nuestra, quiero mostrar aquí un ejemplo de lo que hemos soportado y de lo que, según todos los indicios, vamos á seguir soportando: el ejemplo humillante, bochornoso, del último de la serie y que todavía vive, Montero Ríos, porque detrás de él yo no atino á ver en perspectiva sino otros que tales, López Domínguez dentro de tres meses, Canalejas dentro de seis, Maura dentro de nueve, y así en giro incesante la noria, sacando en vez de agua sangre, y Salmerón á su casa y la Unión Republicana disuelta para otra generación más, si tal vez no, teniendo que despedirse definitivamente de España por no haber tenido pecho para despedirse resueltamente de la legalidad. *(Sensación.)*

*

Hace mes y medio, la víspera de Inocentes, un diputado á Cortes interpeló al Gobierno en

el Congreso por haber designado para presidir en nombre de nuestra nación la Conferencia internacional de Algeciras sobre Marruecos al Sr. Montero Ríos, sosteniendo que éste carecía de autoridad para llevar la representación de España y conceptuando tal nombramiento de verdadera desgracia nacional, preñada de desastres.

Creo que el diputado interpelante no tuvo razón en ese juicio, y que no la tuvo el combatido para dársela renunciando el cargo. Muy al contrario: para un pueblo tal como nosotros, para un pueblo de tan finas y tan largas lanas, que aguanta lo que viene aguantando, sobre todo desde hace ocho años, el político más indicado entre todos para llevar la voz de España ante el mundo y para gobernarnos, era este claro espejo de la raza, D. Eugenio Montero Ríos. Él es el gobernante de derecho divino; él el tipo ideal de la Restauración borbónica: no - entiéndase bien — porque sea peor, porque lo haya hecho peor que los otros tres ó cuatro que le quedan á la dinastía, que los seis ú ocho que se le han muerto (tal colmo habría sido imposible), no porque haya dado mayores muestras de impudor político; sino porque su antipática cautelosidad, porque su ingénita doblez política han dado á lo que llamaríamos su «ma-

nera», á lo antinacional ó antipatriótica de su conducta pública un relieve mayor. *(Aplausos.)* Él ha sido el prototipo de esa escogida falange de políticos que han mirado á la patria con el mismo entrañable, tierno y desinteresado amor con que la labradora quiere y agasaja á su lechón. *(Aplausos.)*

Ha sido él quien nos ha confesado estas dos cosas:—1.ª Que siempre fué partidario de la autonomía colonial, persuadido de que la concesión de las reformas sería remedio seguro á los males de la guerra;—y 2.ª, que, eso no obstante, cometió la falta de callarle aquella su opinión al país, de no expresarla en las Cámaras cuando el saberla podía haber sido útil á la patria, porque tal idea era popular ¡ah! y cuando Salmerón afrontaba la impopularidad, diciéndole la verdad á la opinión, sosteniendo esa tesis salvadora, y la mayoría del Congreso le increpaba enseñándole los puños y llamándole filibustero, el Sr. Montero Ríos, en vez de alinearse con el Sr. Salmerón, proclamando á la faz del país que el ilustre repúblico tenía razón, y elevar así el programa de los ilegales á categoría de bandera nacional, metió la cabeza bajo el ala, dejando que estallara la tormenta y que anegase al país, con tal que ni una sola gota de agua tocara á su precioso gabán.—Él es quien

ha confesado estas otras dos cosas:—1.ª Que á la fecha en que se entregaron los pasaportes al embajador de los Estados Unidos en Madrid, él era partidario de que el Gobierno español declarase la independencia de Cuba, negociando con los insurrectos el reconocimiento del todo ó parte de la Deuda colonial;—y 2.ª, que, eso no obstante, se lo calló á la opinión; y cuando Pí y Margall sostenía valerosamente esa tesis á la faz del país, á costa de su popularidad, el Sr. Montero Ríos, en vez de unirse á él, que habría sido decisivo para el efecto de evitar la guerra con los Estados Unidos y salvar las Filipinas y Puerto Rico y la bandera y la escuadra y el honor nacional, el gran hombre se aguantó, manteniéndose agazapado y echándose un candado á la boca por temor de buscarse un disgusto ó de comprometer su carrera política, anteponiendo como siempre su interés personal á las conveniencias de la patria.

Ver así la verdad, como dice que la vió, y guardarla bajo llave, como si fuese cosa de archivo, útil nada más para la historia; ver que el país va descarrilado á precipitarse en el despeñadero, y no hacer desesperadamente todas las señales al pasaje para evitarlo,—los hombres públicos, y menos los que están, como es-

taba él, en activo, no tienen derecho á hacerlo sin cometer por el mismo hecho un delito de traición contra la patria. *(Aplausos.)*—Pues todavía no es esto solo lo que el cauteloso y retrospectivo personaje ha hecho en tal orden. Después de haber contribuído de modo tan directo y tan cruel al trágico derrumbamiento de la patria, ha venido á apoderarse de las ruinas para fundar dinastía personal sobre ellas, haciéndolas feudo de sus hijos y de sus familiares. Julio Favre, aquel ilustre hombre de Estado francés verdaderamente honorable y patriota, después de firmada la paz de Versailles, aunque no había tenido parte la más mínima en el desastre de Francia, ni en su preparación, como la ha tenido, grande y de vario género, Montero Ríos en el desastre de España, se retiró para siempre á la vida privada, sin volver á aparecer en el escenario de la política, para no recordar con su presencia á sus compatriotas las vergüenzas y la humillación del vencimiento y de la desmembración; pero nuestro gran hombre, abnegado si los hay y más patriota que Favre, no ha vacilado en hacer el sacrificio de tomar sobre sí el gobierno del mísero pedazo de España que los yankees no quisieron llevarse y que él nos trajo de París en la maleta.

¿Es siquiera sólo en este ramo de la política exterior y colonial donde el cauteloso estadista galaico sacrificó la nación española en aras de sus conveniencias presentes y de sus expectativas presidenciales? No, que la ha traicionado igualmente en todo lo demás. Él era uno de los hombres más influyentes de la política borbónica, una verdadera potencia en los dos campos restauradores: era, además, uno de los jefes del partido gobernante, nada menos que presidente del Senado y heredero presunto del entonces jefe del Gobierno, Sr. Sagasta; de otro lado, declara que estaba convencido de que caminábamos á la perdición, que por su partido se gobernaba desatinadamente, haciendo lo contrario de lo que España habría necesitado que se hiciese para reponerse de su quiebra; y, sin embargo, el gran hombre no le dijo al país ni les dijo á las Cámaras nada de eso, que partiendo de él, podría haber sido decisivo para que la política mudase de rumbo; dejó correr las cosas; vió con indiferencia cómo el país seguía rodando hacia nuevos abismos, porque él iba bien en el machito, y aguardó á que Sagasta acabase de expirar, para decir, sin un minuto de transición, delante del cadáver todavía caliente, á guisa de responso y de panegírico, ¡que era preciso gobernar de modo

contrario á como se había venido gobernando hasta entonces! El hombre había sido infiel al país; ahora era además desleal con el jefe, á quien no podía ya seguir explotando y que dejaba vacante la suculenta y codiciada comandita del cetro español. *(Aplausos.)*

No ha sido leal con su país; no ha sido leal con su jefe, no ha sido leal con la verdad: ¿por dónde pudieron ustedes esperar que sería leal con los republicanos, cuando éstos fueron lo bastante cándidos para auparlo pactando con él un bloque llamado anti-clerical? *(Aplausos.)* ¡Ah! Se le estuvo bien, pero muy bien, á nuestra inocentísima Unión, y conviene traerlo á cuento para que sirva de escarmiento, si es que á los republicanos puede servirles de escarmiento nada. Ya lo recordarán ustedes: al primer tapón, la zurrapa aquella del famoso besalamano del Senado para que fuese aprobado el convenio de Maura con el Vaticano; y es que de los republicanos no tenía ya que sacar nada; á quien había que agradar entonces era á la Prerrogativa, dispensadora del poder. El segundo tapón, ó digamos el segundo escupitajo al bloque, fué todavía más inmoral y más escandaloso: coalición con el Gobierno conservador para derrotar á los republicanos en las elecciones municipales de Madrid, como para

derrotarlos en las generales de Septiembre último [1905]; se ha aliado otra vez con los conservadores en la oposición, incluso con aquel famoso Gálvez Holguín, contra el cual se hizo en Madrid, hace diez años, con asistencia hasta de Sagasta, aquella grandiosa manifestación de los 80.000, llamada la «manifestación de la dignidad», el 9 de Diciembre.

¡Eso es lo que nos ha estado gobernando á ciencia y paciencia nuestra, durante cinco meses! ¡Eso lo que nos ha tenido puesto el cuchillo y el pie á la garganta; con eso es con lo que se nos provoca á los republicanos, á los neutros, al país! ¡Eso es lo que hemos soportado y volveremos á soportar pacientemente, sin que nos quite el sueño ni nos dé vergüenza! *(Aplausos.)* ¿Por dónde esperaríamos el advenimiento de la República, la restauración de la patria? ¿Por ventura hemos hecho por merecerla? ¿Ha repetido el partido, al ver llegar á ese hombre funesto, incompatible con el país, las ruidosas manifestaciones, los mitins, los *couplets*, que organizó y disparó con menos motivo—pero con mucho menos, quiero recalcarlo—contra el P. Nozaleda? No podemos, no, quejarnos de Montero Ríos ni de quien lo nombró; es el país quien puede quejarse de Montero Ríos y de nosotros. ¡Que fué desleal

para con la Patria! Pero nosotros nos hacemos cómplices y responsables de su deslealtad y del nombramiento con nuestra conformidad y con nuestro silencio; con no declararlo moralmente incapaz para gobernar, aunque sólo fuese por motivos de pública honestidad, y no obstruirle el camino de Palacio en la forma en que se cerró al dominico filipino el camino de Valencia. ¡Que fué desleal al bloque! Pero nosotros lo hemos merecido, por habernos fiado de él, y aun por menos que eso, por haber mantenido tratos con un partido dinástico y haberle ayudado á subir, en vez de hacerle la cruz como si se tratara de un enemigo público, considerando que no hay mejor ni peor en la Restauración, que todo en la Restauración borbónica es Montero Ríos...

*

Por mi parte, esa cruz la tengo ya hecha desde 1900, desde antes del fracaso y suicidio de la Unión Nacional; y en tantos años no he encontrado motivo de arrepentirme ó de rectificarme. Ni directa ni indirectamente he reconocido nunca en los hombres de la Restauración derecho á gobernar el Estado, derecho en la Corona para encomendar la gobernación á

tales hombres.—Me nombrasteis un día diputado, y de hecho no he sido diputado ni una hora; y con no ir á tomar posesión del cargo, no he tenido que prometer ni en broma fidelidad y obediencia á supuestos poderes á quienes no se la debo; no he tenido que reconocer por ese medio indirecto, mintiendo á mi conciencia, la legitimidad de poderes levantados sobre la ruina violenta é ilegal de una legalidad, la de 1873, y sobre un llamado Parlamento que Cánovas el primero y Maura el último han declarado que no era la representación legítima del país. *(Aplausos.)*

No he pisado una sola vez el Palacio del Congreso; no he ostentado una sola vez aquella calidad, ni aun usando el papel membrete del Congreso, que viste tanto como ustedes saben,—«el diputado por Zaragoza», «el diputado por Madrid»—y que en todo caso sale más barato que el de la tienda, porque los contribuyentes lo dan de balde; no he usado nunca, ni una sola vez, la estafeta del Congreso, ó sea el correo oficial, que para los diputados y senadores es gratuito; no he viajado nunca con billete de diputado por ferrocarril; no le he costado un céntimo al Estado; no he invocado nunca en mis causas criminales, instruídas por no sé qué aprensiones de atentado contra la forma

de gobierno, de injurias á las «instituciones», etcétera; y en la primera de la serie, única en que compareci á declarar, al mostrarse sabedor el juez de que yo era ó aparecía ser diputado y hacerlo constar en el acta, contesté que era él quien lo decía, no yo, que yo no invocaba tal calidad, y en todo caso, que renunciaba toda clase de inmunidad, queriendo ser juzgado como los demás ciudadanos.

No fuí á tomar posesión del cargo, ó á «jurarlo» como se dice. Porque me lo exigieron, invocando fueros de disciplina, y porque sin presentar el acta no puede ésta renunciarse válidamente á los efectos de nueva elección parcial, entregué dicho documento credencial á los Sres. Salmerón y Azcárate: presentáronlo á la Mesa del Congreso; allá ellos: ya he dicho que yo no fuí á hacerla efectiva tomando posesión: ahora añado que al punto en que el Sr. Castellano se despojó de su investidura de diputado por Zaragoza, envié inmediatamente mi renuncia, por el mismo conducto que el acta, para que no pudiera decirse que había yo retenido ó secuestrado ni siquiera una hora su soberanía á los zaragozanos: por ese lado no me remorderá lo más mínimo la conciencia; si luego los electores, á despecho de las travesuras ratoniles de cierto «vivo», unos explícita, otros im-

plícitamente confirmaron el acta y retuvieron la renuncia en manos del Sr. Salmerón, eso más tengo que agradecerles y les agradezco, pero constando que no ha sido obra mía ni de mi voluntad. La prueba de mi sinceridad y de mi limpieza en todo esto, si tratándose de mí hiciera falta prueba, es que los jefes me exigieron como condición para presentar en el Congreso mi renuncia de la diputación por Zaragoza, que les entregase mi otra acta, la de Madrid, á fin de presentarla y que yo no dejara de figurar como diputado en la minoría; y á pesar de todos los requerimientos y no obstante ser yo tan ciego y apasionado de la disciplina como todos saben, me negué: mi acta por Madrid ha quedado virgen, no ha llegado á ser presentada.

Quedamos en que, de hecho, no he sido diputado por ninguna parte. Pero la verdad es que fuí entonces votado por mayoría de Zaragoza y su circunscripción, como en Septiembre último he sido votado por mayoría no de la circunscripción, pero sí de la ciudad en términos de poder considerarme diputado de derecho por Zaragoza-ciudad como en 1903 por Zaragoza-circunscripción. O lo que es igual: Zaragoza-ciudad me ha dado sus poderes dos veces, en dos elecciones consecutivas, y me los han dado por impulso propio, por iniciativa propia,

sin que me recomendara ningún cacique ni me impusiera ningún gobernador. *(Aplausos.)* ¡Qué motivo de orgullo para mí, si fuese capaz de sentirlo y desvanecerse un hombre que siente poco menos que desprecio de sí propio! ¡qué rocío vivificador, aquel rocío de afectos y de voluntades caído á través de las urnas sobre una vida tan desolada como las más desoladas estepas de mi tierra alto-aragonesa! Después de aquéllo, sólo me cabía ya una satisfacción: yo no quería morirme sin haberme puesto en contacto directo con este pueblo por el cual siento tanta idolatría, para expresarle en persona los sentimientos de admiración, de veneración y de gratitud que me embargan y que he declarado repetidas veces por escrito en cartas y comunicaciones: esa satisfacción del alma, que es algo más que satisfacción del deber cumplido, acabo por fin de conseguirla y de gustarla: puedo, por fin, decirles á los electores: «Si algún día el Supremo Juez exigiera, para entrar en la gloria eterna, acreditar alguna gloria terrenal, yo le diría, cuando me llegase la hora: Señor, un día tuve la fortuna de penetrar en el corazón de un pueblo y ser acogido en él, y ese pueblo era Zaragoza: no necesito más para mi gloria.» *(Aplausos.)*

Pero no acaba todo con eso: yo he debido

hacerme cargo del papel que he representado, aunque pasivamente, en la contienda electoral primera y en la pendencia electoral segunda; y he procurado hacérmelo para dar sus verdaderas proporciones á las cosas y no atribuir al suceso, en lo que personalmente me concierne, una significación y un alcance que realmente no tuviera. Yo me he preguntado alguna vez, en estos tres años transcurridos desde las elecciones generales de 1903, por qué me votó Zaragoza sin embargo de no conocerme, y sin embargo de haberle yo anunciado que no podía ni quería ir al llamado Parlamento con ninguna representación; y he venido siempre á confirmarme en la primera impresión, comunicada por mí, al día siguiente del escrutinio, al respetable Sr. González Abelaida como presidente de la Comisión electoral: es que la elección en Zaragoza no fué propiamente elección, sino plebiscito; es que allí no se votó una persona para el cargo de «legislador», sino meramente una divisa y un símbolo. En La Coruña, en las elecciones generales últimas de hace cinco meses, los republicanos fueron á las urnas con el solo objeto de contarse, y al efecto, para formar una candidatura, tomaron mi nombre (sin consultármelo ni participármelo), además del nombre del ilustre Azcárate. La Coruña nos

dió á los dos cerca de 2.000 votos, mientras dejaba sólo cosa de 300 para los candidatos monárquicos; es decir, nos dió de cada siete votos seis, aunque luego, como sucede siempre en España, como á mí mismo me había sucedido en Gerona, los distritos rurales de la circunscripción vinieron á convertir la minoría en mayoría para los adictos. Pues bien; algo por este estilo es lo que pienso que sucedió en la elección anterior de 1903 en Zaragoza: los republicanos tomaron mi nombre, he dicho, como una *divisa* ó como un *símbolo*.—En el primer concepto, como una abstracción, como un santo y seña para reconocerse en la pelea, como un punto de mira y de convergencia, enteramente impersonal, donde se daban cita las diversas tendencias que habían de entrar en la composición del partido republicano local, reorganizado como consecuencia de la Asamblea de Madrid de 25 de Marzo; en ese primer concepto, repito, se tomó mi nombre como podía haberse tomado el de otra persona cualquiera, conocida ó desconocida, y aun menos que eso, el de una persona supuesta ó inventada.—En el segundo concepto, como un símbolo, Zaragoza electoral encarnó en mí una protesta, un espíritu y un ideal ó un programa: una protesta, la protesta viva, ardorosa, de un irreconciliable, de un in-

compatible, que soy yo, contra todo lo existente; un espíritu ó un sentido profundamente, enérgicamente revolucionario, reclamado por la urgente necesidad que el país siente de apartar de la gobernación á los fracasados y sustituirlos por gente nueva é inculpable; y un ideal ó un programa sustantivo de reconstitución y europeización, en que hemos dado voz y cuerpo á las ansias del país y á las exigencias de su desesperada situación, sacando la política de los moldes abstractos donde se había petrificado y en que se fraguó la catástrofe.

Que esto fué así, lo acredita un sencillo hecho: que no obstante haberme abstenido de hacer uso del acta, conforme á lo que tenía anunciado, y á pesar de haber advertido por la prensa zaragozana á los electores que tampoco ahora podría ni querría ir al Congreso de los Diputados, Zaragoza ha vuelto á votarme, á votar mi nombre quiero decir, y hasta dándome bastantes más votos que á los demás candidatos.

Y la prueba de que Zaragoza entendió encarnar ó simbolizar en mí el procedimiento revolucionario incondicional y sin transigencia, el espíritu de absoluta negación de todos los poderes del Estado oficial actual, de absoluta ruptura ó abstención de relaciones con ellos,—es

que yo no he prestado á Zaragoza ni á ninguna de las poblaciones de la circunscripción un solo servicio oficial, que no he pedido á ninguno de los Ministerios nada para nadie (ya saben ustedes que no me he escondido en esto, que me he confesado de ello en cartas que han llegado á conocimiento del público, y de que hasta se ha hecho arma electoral por alguno de los candidatos, muy lógicamente desde su punto de vista, para restar votos á mi candidatura), que no he prestado, repito, servicios oficiales, ó más bien (pues esto viene á ser), aprensiones, tentativas ó apariencias de servicio á individuos ó localidades, y que, sin embargo, Zaragoza ha vuelto á votarme, dándome la capital mayoría absoluta de votos y la circunscripción medio millar de votos más que la otra vez. ¿Por qué? Porque pedir algo á los gobiernos es, en mi pensamiento, tanto como obligarse con ellos; es reconocerles indirectamente, á ellos y á quien los nombra, legitimidad y título para gobernar, y yo no se lo quiero reconocer *(Aplausos)*: para mí, todos son gobiernos y poderes de fuerza, todos son poderes ilegítimos, y gobiernan, ó mejor dicho, imperan sobre mí y me avasallan porque no los puedo derribar. *(Aplausos.)* Y á quienes yo deseo derribar, á quienes yo tengo condenados en mi foro interior, á

quienes considero usurpadores de la soberanía política y del presupuesto, que es decir de lo mío y de lo de todos, injustos explotadores del Estado, oprobio de la nación, á quienes quiero enjuiciar y derribar, no les pido nada; les pido sólo que se marchen, en tanto se allegan fuerzas para barrerlos. *(Aplausos.)*—Ahora bien, esta es mi deducción: cuando Zaragoza ha vuelto á votarme, no obstante esa mi conducta abstinente, sabida de todos, es sin duda que Zaragoza piensa en eso lo mismo que yo; es que se halla ya tan harta de convencionalismos y de tiquis miquis parlamentarios como yo; que á su entender, como al mío, la prostesta contra la Restauración, contra los políticos de la Restauración y contra los Parlamentos de la Restauración debe ser viva, práctica y de verdad, no de mentirijillas; que de los dinásticos no debe quererse ni la gloria *(Aplausos)*; que al punto á que han llegado las cosas en nuestro país, hay que reducir la política republicana, en orden á sus relaciones con el Poder, á una sola cosa: á negarlo, á boycottarlo, á extirparlo hasta la raíz ó aventarlo de forma que nunca más pueda volver á retoñar. *(Aplausos.)*

*

Hablando en tesis general, tres graves inconvenientes tiene (dado el estado de mortal gravedad de nuestra patria, repito; no hablo de situaciones normales, como las de Italia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Dinamarca) la presencia de los republicanos en el Parlamento:

1.° Ese que acabo de insinuar, por lo que á mí respecta: que con ello se reconoce prácticamente la legalidad y la legitimidad de lo existente, se da á la Monarquía una fuerza de que sin eso carece, y se hace al partido republicano cómplice de hecho en la continuación de esta gran mentira que llamamos Estado español, se le hace cómplice en la continuación de la caída de la nación, que no se modera ni se ataja, que por el contrario se acelera y precipita por momentos, aunque las gentes no se den cuenta de ello, como no se daban cuenta antes de 1895 de la catástrofe nacional á punto ya de alumbramiento.

2.° Perder lastimosamente, sin el más mínimo adelanto ni resultado para la República ni para la Patria, el tiempo que haría falta para ponerse en contacto directo con el pueblo y hacer gacetable la revolución, previniendo el riesgo de que á los pocos meses ó á las pocas semanas de llegada al Poder, sobrevenga la bancarrota de la República, por no haberse pre-

parado en la oposición, cuando había tiempo;—y

3.° Porque es poner confianza en esos torneos infecundos del Parlamento, á sabiendas de que en ellos no está la República, á sabiendas de que en ellos no está la regeneración, y que relajan en cambio la acción, quitando al brazo la fuerza que se disipa por la lengua, fatigando y aburriendo á la opinión y ahuyentándola y privándose de su indispensable é insustituíble concurso (1).

Para mí, el partido republicano debería sencillamente hacer lo que la Restauración con Cánovas hizo en 1875: ella declaró entonces «ilegal» al partido republicano; el partido republicano debe ahora declarar ilegal, ó lo que para el caso es igual, ilegítima la Restauración, y como consecuencia, constituirse á sí propio y declarar al país en estado de revolución y no hacer otra cosa que prepararla: preparar la de

(1) *¡Manos! ¡Manos!*—Un nuevo Guillermo el Taciturno es lo que debemos desear al frente del Estado español. Como los yernos del Cid, hemos sido los españoles unas «lenguas sin manos». Y no volveremos á tener patria, sino á condición de que hagamos de nuestra política como una gran Cartuja; ¡el santo imperio del Silencio, que Carlyle levantaba por encima de las estrellas, y al cual ha debido su poderío la nación británica!—*El País*, 26 de Abril de 1903.

arriba en la forma que he dicho, haciéndola gacetable, y preparar la de abajo, contándose los patriotas de corazón y de verdad, organizando los medios externos necesarios para derrocar el régimen en la misma forma en que se levantó, que es decir, por la fuerza. *(Aplausos.)*

Con alma y vida, lo mismo si sigo apellidándome republicano, como si me he apartado definitivamente de la vida pública,— ahí me encontrará á su lado, en tanto yo aliente, Zaragoza; jamás en el Parlamento. Vayan otros á él: les acompañarán mis respetos, aunque también la convicción que abrigo de que muy pronto, así ellos como el partido, han de darme la razón, y ojalá cuando me la den no sea ya tarde... *(Aplausos.)*

*

Permitidme ahora una última reflexión á propósito del próximo Centenario de los Sitios y de la situación en que va á sorprendernos, si España sigue tan dejada de la mano de Dios y de los españoles como viene estando desde hace una, desde hace tres, desde hace once generaciones.

Dentro de tres años vais á celebrar el Centenario de los Sitios puestos á Zaragoza por el

general francés Lefebvre y por el general De Lannes; y como es natural, queréis preguntaros—es decir, querremos preguntarnos, pues dentro de la ciudad sitiada había combatientes y defensores de varia procedencia;—(estaban, verbigracia, los famosos tercios de Barbastro), - querremos preguntarnos qué frutos han dado para Aragón, qué bienes han traído á España aquellas espantables desgarradoras tragedias; qué beneficios ha producido para los nietos y los biznietos el heroico sacrificio de los abuelos. Quiero daros una muestra por adelantado, que sea como un principio de respuesta, á aquella formidable interrogación.

En muy poco tiempo, en menos de una generación, 80.000 aragoneses han pasado el Pirineo para ir á pedir un jornal ó una limosna á los nietos de De Lannes y Le Febvre, sitiadores de Zaragoza. *(Sensación.)* En igual tiempo, 150.000 españoles de las provincias ribereñas del Mediterráneo, un día conquista de Aragón, han pasado el mar y se han avecindado en Argelia, á la sombra del pabellón francés, satisfechos de haber encontrado, por fin, el pan y la protección que no había querido ó no había sabido procurarles esta descastada dinastía borbónica con que nos obsequió un rey hechizado. *(Aplausos.)* ¿Y sabéis por qué? ¿Sabéis

por qué la nación francesa se ha repuesto de su quiebra y se ha hecho grande, fuerte, opulenta, bien regida y ha podido acoger fraternalmente en su seno á esos pobres trabajadores españoles cuyos abuelos se dieron en holocausto á la dinastía de los Borbones, haciéndose matar al grito de «muera Francia»? Porque Francia, al día siguiente de Sedán, tuvo el buen sentido de enviar á paseo á Napoleón é instaurar en lugar suyo el régimen republicano; al paso que nosotros, burros y cobardes y suicidas, sin instinto y sin vergüenza, al día siguiente de nuestros Sedanes, en vez de proclamar la República, dejamos que nos enviase á paseo á nosotros un Napoleón de doce años. *(Aplausos.)* Porque con nuestro criminal encogimiento de hombros, hemos dado lugar á que se desprendieran y se dispersaran, perdidas para siempre, las últimas hojas de nuestro calendario. Y yo os digo, les digo á los aragoneses, les digo á los españoles: si á la fecha de este vuestro primer Centenario la República no lleva ya adelantada la revolución desde el poder, Zaragoza no celebrará el Centenario una segunda vez, porque cuando el segundo Centenario llegue, hará ya mucho tiempo que España habrá quedado borrada del mapa. *(Aplausos prolongados.)*

CAPÍTULO II

EN BUSCA DE HOMBRES (1)

El orador habla en propio nombre, como Joaquín Costa, republicano, al igual de los demás concurrentes al mitin, y en voz de asociaciones neutras que le han conferido expresamente su representación.

Después de un exordio, muy aplaudido, en que encarece este movimiento de desperezo del país, considerándolo como el anuncio de que los muros de la Jericó de la Plaza de Oriente van á caer muy pronto y de que el último acto de la gran tragedia nacional desenlazada en Cavite y Santiago de Cuba va á producir por fin, siquiera con cinco años de

---

(1) Discurso pronunciado por D. Joaquín Costa, en el Frontón Central de Madrid, el día 12 de Abril de 1903, tomado taquigráficamente por D. Julio Romero, redactor de *El Imparcial* en París.

retraso, sus lógicas y naturales consecuencias, vino á decir lo siguiente:

Nosotros no venimos aquí en busca de República por la República precisamente; no tampoco en busca de leyes, nuevas ni viejas, en que no tenemos fe ninguna: venimos principalmente en busca de hombres. En busca de un Thiers, de un Gambetta, de un Carnot; en busca de hombres por cuyas venas corra sangre caliente, que levanten á España del cieno de Sedán.

¡Cómo! querrá acaso decirme alguno de vosotros: ¿hombres de carne, por cuyas venas corra sangre? ¿Por ventura los otros no la tienen?—¡No! España no ha conocido nunca en el Gobierno más que hombres de goma, hombres de cauchú, por cuyas venas no corre sino tinta de la *Gaceta*. ¿Cómo, si no, habría podido caer una nación de tanta base y consistencia como España? *(Aplausos.)*

Y venimos en busca de tales hombres, porque el redimir al español, el hacer la revolución de arriba de que esa redención depende, pide sangre, mucha sangre: no sangre arrancada en forma de sudor, de tributo, de suplicio ó de cárcel á los gobernados; sangre brotada á raudales, á torrentes, á ríos del corazón del gobernante, cual de otro Cristo en la cruz, para re-

dimir al español, á la nación, á la raza; que le comunique aquella aptitud que el gobernante español no ha poseído nunca, la aptitud de indignarse ante las injusticias hechas á los gobernados, sintiéndolas como propias; que le alimente y le avive la memoria de aquellos 100.000 españoles asesinados en Cuba, de quienes nos hemos ya olvidado infamemente *(Aplausos)*, y que en su agonía habrían escupido á la bandera si hubiesen podido sospechar que íbamos á seguir sufriendo cobardemente en el Gobierno á los asesinos *(Grandes aplausos)*; gobernante con entrañas, que sepa llorar con el pueblo, y arrodillarse ante él, y pedirle perdón, perdón para nosotros, perdón para las clases directoras, que se han conducido con él peor que hace dos mil años bajo la ley de Júpiter *(Aplausos)*, y lo estreche con brazo amoroso y blando, apretándolo contra su corazón, enjugando sus lágrimas y derramando en sus oídos una palabra de consuelo; que reduzca casi entera la gobernación, que consagre casi entero el presupuesto, siquiera no sea más que por una razón de compensación, á aquello que es propio del pueblo: á la escuela de niños y á la escuela de gañanes y artesanos, que son toda su ciencia, al camino vecinal, que es todo su ferrocarril, á la justicia municipal, que es todo

su poder judicial, al canal y al pantano, que son toda su despensa, á las instituciones de previsión, que son toda su viudedad y toda su orfandad y todo su seguro, á la higienización de sus viviendas y de sus calles, que son toda su España y todo su mundo; que abata la soberbia de sus opresores; que recorra la Península, como en una visión apocalíptica, blandiendo su maza de hierro para limpiar la tierra de monstruos, para extirpar la vieja monarquía absoluta, refugiada en los caciques y oligarcas y en sus miserables instrumentos, siguiéndolos hasta lo más oculto de sus madrigueras y sacándolos á la luz para aplastarlos como alimañas ó mandarlos á Ceuta, hasta que rebose la ciudad y rebose el campo y traspase la línea, y aquella inundación de chaquetas, de levitas y togas criminales invada las kabilas fronterizas, de donde las expulsen á tiros los moros para que no infesten sus turbulentos pero honrados aduares. *(Grandes y prolongados aplausos.)*

Si la República no ha de venir para esto; si ha de ser una República fría, estirada, de *Gaceta* y de tiquis miquis, con hombres de goma, que tengan miedo de constiparse ó de descarrilar si salen todas las semanas en el tren para echar la red barredera por el país, que vivan amarrados á su poltrona ministerial por el pelo

de la libertad, por el escrúpulo de la Constitución, por la música del *habeas corpus;* si no ha de ser una República con alma, con sangre, con coraje, verdadero salto del tapón para el pueblo... francamente, señores, es preferible que no venga la República. *(Grandes aplausos.)*

La monarquía, autora; y los republicanos, cómplices.

Antes de decidirse mis amigos neutrales, así aragoneses como andaluces, á mirar el cambio de régimen político y la renovación del espíritu y ambiente republicano como medios necesarios para que la revolución de arriba se lleve á cabo y España y el español se salven, han principiado por residenciar lo existente, juzgándolo con aquel criterio positivo y experimental que recomendaba Jesús: «por sus frutos los conoceréis». ¿Qué ha hecho la monarquía? ¿qué han hecho sus hombres?

Y la respuesta se la ha dado el Sr. Silvela; se la ha dado el Sr. Maura; se la ha dado el Sr. Sánchez de Toca. España, han dicho los tres en diversa ocasión, es un país sin constituir: no hay ayuntamientos, no hay diputaciones, no hay comicios, no hay electores ni elecciones, no hay Cortes, no hay ejército, no hay

escuelas, no hay tribunales, no hay Consejo de Estado, no hay partidos, no hay instituciones parlamentarias, no hay libertades públicas; pueblo analfabeto, sociedad humana que no toma parte en los progresos de la ciencia; que no explora, que no inventa...; todo es apariencia; ¡no hay nación! Ahí tenéis, por propia confesión de los monárquicos, lo que la monarquía ha hecho en España. *(Aplausos.)* Pero... (hoy es día de confesiones, que de otro modo fuera imposible hacer propósitos de enmienda, y habéis de sufrirme que lo diga), ha hecho eso la monarquía, porque se lo han dejado hacer con sus divisiones los republicanos, cómplices por ello en la trágica caída de la patria. *(Aprobación.)* Treinta años han estado los republicanos con su desunión y sus adjetivos y cabecillismo haciendo la causa de la monarquía; y treinta años han estado los monárquicos, con su inacción, con su incapacidad ó su impotencia constitucional dando la razón á la República; y entre monárquicos y republicanos se ha encontrado cogida, como entre las dos piedras de un molino, nuestra madre España para ir á caer, triturada y deshecha, en las aguas de Cavite y Santiago de Cuba. *(Grandes aplausos.)*

Nos ha sucedido en esto lo que hace veintidós siglos á nuestros progenitores los iberos.

Un autor griego que escribió pocos años después de la muerte de Jesucristo, el gran geógrafo Estrabón, decía con referencia á las gentes peninsulares que nunca Roma habría podido señorear nuestra Península y hacerla territorio colonial suyo, si hubiesen aquéllas unido sus armas para rechazarla; pero que el presuntuoso orgullo de que todas adolecían les impidió formar una liga ó confederación, que habría sido poderosísima, y así pudo Roma acometerlas separadamente, tribu por tribu, y vencerlas una á una, hasta reducirlas todas á su obediencia. Pues ahora, los iberos han sido los republicanos: todos allí se creían ser unos Viriatos; todos aquí se creían unos Castelares: las pueriles ansias de jefatura, la consiguiente incompatibilidad de unos con otros en los componentes de la plana mayor ibera, dió el triunfo á los legionarios de Roma sobre Hispania; y esa misma falta de espíritu, esa misma desunión en la plana mayor republicana, han dado el triunfo á los augústulos de la casa de Borbón sobre el pueblo español. En vez de levantar la dinastía una estatua á Cánovas restaurador, debería levantársela á Pandora republicana, que ha sido desde 1874 la verdadera nodriza y sustentadora del trono.

Ahora, el transcurso de esos treinta años, las

menguas y quebrantos y retrocesos sufridos durante ese período, hacen que el advenimiento de la República y la reforma «del partido interior» sean urgentísimos; tan urgentes, que acaso sean ya tardíos para el efecto de reconstituir la personalidad de la nación y asegurarle la existencia.

La continuación del «statu quo» está anulando la virtud redentora de la República.

Fundamentalmente, dos cosas hacen inaplazable la sustitución del régimen imperante por el que este mitin y sus congéneres de la misma hora representan: 1.ª Que cada año nuevo que pasa se lleva alguno de los hombres con que el partido cuenta para adoctrinar y dirigir la República. 2.ª Que cada año nuevo que pasa se lleva una posibilidad de que la República llegue á tiempo de cumplir su misión histórica: la misión de rehacer á España.

Me explicaré con ejemplos, y me atrevo á solicitar la atención de ustedes por la inmensa trascendencia de la tesis.

Si hace treinta años, ó hace veinticinco, ó aun veinte, hubieran sido ministros los Sres. Pi y Margall, Labra, Pedregal, Carvajal, Gabriel

Rodríguez, Azcárate, Salmerón, Simarro, González Serrano, etc., se habrían llevado á cabo la reforma económica y la reforma política en Cuba y Filipinas, cada una á su manera; y así las Filipinas como las Antillas seguirían siendo españolas, y españoles los 2.000 millones que hemos disipado locamente en humo y con los cuales habríamos tenido bastante para regenerar la nación, cuando acaso era aún regenerable, y españolas las dos escuadras, principio y esperanza de una marina militar, y estarían vivos los 100.000 hombres arrancados criminalmente al arado y al taller y sepultados en el Océano y en la manigua, y viva é incólume aquella reputación militar y aquella fama de bravura que nos hacía veces de infantería y de caballería. Pero no hubo República, no hubo reformas á tiempo, fueron ministros otros; y cuando el régimen actual acabe, se encontrarán los Gobiernos republicanos sin las colonias antiguas, que ya no se pueden rescatar; sin territorios nuevos, que no se han adquirido y que no se pueden ya adquirir, porque todo el planeta está ocupado; sin marina de guerra, que no puede improvisarse, y para la cual, en todo caso, nos faltan los recursos, y con una bandera desprestigiada, convertida en mustio y desteñido guiñapo. Es decir, los Gobiernos repu-

blicanos se encontrarán sin base, la más mínima, para una política exterior decente, que no sea de comparsas ó de protegidos; y cuando España padezca las consecuencias, que no se harán esperar, todavía habéis de ver á los culpables de ellas, á los exministros de la monarquía caída, echárselas en cara á los nuestros, achacándolas á inhabilidad ó mala fortuna de parte suya, si tal vez no á vicio substancial del régimen republicano. *(Aplausos.)* Como veis, señores, al menos para esto llega ya tarde la República.

Otro ejemplo: Si hubiesen formado el Ministerio Salmerón, Francisco Giner, Azcárate, Benot, Ruiz Zorrilla, Pi y Margall, Alfredo Calderón, Melquiades Alvarez, Dorado Montero, Palma, José Fernando González, Piernas Hurtado, Cossío, Buylla, Posada, etc., etc., habrían dado satisfacción año tras año, reposadamente, meditadamente, á las reivindicaciones, harto legítimas, de las clases trabajadoras, así del campo como del taller, de la fábrica y de la mina; habrían recibido un gran impulso, de un lado, la legislación social, de otro el fomento de la producción y el abaratamiento de la vida; y no habrían cobrado tan formidable incremento el socialismo y el anarquismo, que harán sumamente difícil gobernar, porque organizados ya é irrita-

dos por la inutilidad de la queja, por la persistencia de la injusticia, por la tardanza del remedio, será imposible desarmarlos en breve espacio, como se les habría desarmado con treinta años de reformas graduales, que los partidos dinásticos han dejado sin hacer; y cuando el orden interior se resienta, todavía habéis de ver á los gobernantes de esos treinta años, que tan cómodamente han usufructuado la nación, achacar el desorden á vicios de la República ó á torpeza ó impopularidad de sus ministros, con ser exclusiva culpa de la monarquía. *(Aplausos.)*

Pues bien; eso que ha sucedido en los dos casos de mi ejemplo, está sucediendo con todo lo demás: revolución en los Presupuestos, saneamiento de la moneda, reforma y difusión de la enseñanza, transformación de los cultivos, la repoblación forestal, la instrucción técnica, el abaratamiento de la vida, la higienización de las poblaciones, el crédito territorial, las vías de comunicación, la constitución de un poder judicial, la represión del caciquismo: — todo, todo viene en retraso, y será ya difícil recobrar una parte del tiempo perdido, y más que difícil, imposible, si el cambio de régimen se hace todavía esperar. De igual modo que la República viene tarde para la política exterior, se está haciendo tarde para todo esto que

compone la política interior: un poco más de monarquía, y todos habremos quedado iguales, porque faltará materia gobernable para la monarquía y para la República. *(Aplausos.)*

Ved por qué os decía que el advenimiento de la República, aun mirado desde el punto de vista de las clases neutras, es urgentísimo, y que aún puede suceder que sea ya tardío.

Segunda causa de la urgencia: la vieja plana mayor.

Pero he dicho que es urgente además por otro motivo, relacionado con el personal directivo ó plana mayor del partido.

Mirad hacia ella y sus cercanías; ¿y qué véis? Nevadas las frentes de los más altos prestigios republicanos. Esa nieve debe recordaros que habéis visto en pocos años desfilar por delante de vosotros, camino del cementerio, á Figueras, á Chao, á Carvajal, á Pedregal, á Castelar, á Gabriel Rodriguez, á Ruiz Zorrilla, á Pi y Margall, á Palanca, á Sorní, á Cervera, á Cala, á Maissonnave, y otros y otros, y que tantas excelsas virtudes, que tan consumada pericia política, que tantos estudios y tan gran experiencia como habían acumulado en su ce-

rebro y que están haciendo suma falta en las cumbres de la gobernación y del Estado, han ido á perderse para siempre en el seno de la tierra, pareciendo como si, con ellos, el alma republicana se hubiese esparcido y disipado en el espacio y en el tiempo *(sensación)*; debe recordaros que ese desfile siniestro no ha cesado ni se ha interrumpido un punto: hace poco más de un año murió aquel venerable apóstol, Pi y Margall; hace pocas semanas desaparecieron de nuestro lado Figuerola, Echevarrieta é Hidalgo Saavedra; y detrás y á corta distancia marcharán (ya casi podéis verlos dándose la mano con Hidalgo Saavedra y con Pi y Margall) los Benot y los Azcárate, y los Salmerón, y los Labra, y los Gil Berges, y los Calderón, y los Muro, y los etc., etc., privando á España de sus grandes aptitudes para la gobernación, adquiridas en toda una vida de estudios, de fatigas y de sacrificios, y dejando huérfana esa pléyade que conocéis, verdadera constelación, de jóvenes ilustres, para quienes ha de ser la República, que no tendrán quien los introduzca con la autoridad de mentores en el nuevo Estado y los adiestre en los secretos de la prudencia política, enlazando la edad heroica de la República con su período práctico é histórico, el viejo Moisés con Josué, nuestros treinta años

de peregrinación por el desierto con la entrada triunfal en la tierra de promisión y el exterminio de los amorrheos y los jebuscos de la monarquía. *(Grandes aplausos.)*

Tal es el segundo motivo del apremio y urgencia con que el estado desesperado de nuestra nación demanda el cambio de régimen político.

La República para las clases neutras principalmente.

Y ahora vamos á otra cosa.

Si tienen ustedes presente la especialidad de mi representación en esta tribuna, no les extrañará que toque una cuestión del más alto interés, acaso decisiva, que afecta al partido de la República tanto como, por su parte, á las clases neutras: carácter que debe revestir, sobre todo en sus primeros tiempos, el Gobierno republicano (1).

---

(1) *Programa político.—El Liberal,* de Madrid, en su número del día 10 de Septiembre de 1904, dice y reproduce lo siguiente:

«Entre los objetos mandados á la tómbola, abierta el día 3, en el local de la Sociedad Fraternidad Republicana, de Barcelona, figura una tarjeta postal, con autó-

Oigan antes unas palabras muy expresivas del Sr. Maura, pronunciadas hace cerca de dos años en el Congreso de los Diputados. A propósito de la agravación alarmante que observaba en la actitud de la masa popular, vuelta de espaldas al Estado oficial, inhibida totalmente de la política, decía:—«La realidad es ésta: la »inmensa mayoría del pueblo español está abs»tenida, no interviene para nada en la vida pú-

---

grafo del Sr. Costa, en que el publicista aragonés insinúa algo de transcendencia, que no sonaba en el programa del Alto Aragón ni en el del Ateneo: la reforma paralela, acaso la refundición parcial de Normales y de Seminarios.

Aguardaremos el desarrollo de este pensamiento. Mientras tanto, he aquí el texto del breve cuanto substancioso documento, según nos ha sido transmitido por telégrafo:

«Patriciado natural, autoridades sociales, pero no »caciquismo; selfgovernment, gobierno del pueblo por »el pueblo, pero no parlamentarismo; ejército y guardia »civil, pero no militarismo; muchos y grandes capitales, »pero no capitalismo; libertad de comercio, pero no »vampirismo; religión y clero, pero no clericalismo...

»Doble llave á los sepulcros de Torquemada y de »Calomarde, para que no vuelvan con sus «purificacio»nes» á impurificar y pudrir á España.

»Pocas cosas urgen aquí tanto como mejorar la di»rección espiritual de las localidades chicas y media»nas, mejorando el personal de maestros y de curas y »haciendo de ellos dos sumandos, en vez de ser lo »que ahora, un sustraendo y un minuendo.—JOAQUÍN »COSTA».

»blica; de los que quedan, eliminad las muche-
»dumbres socialistas, anarquistas y libertarias,
»que están en el horizonte del firmamento, pero
»son de otra constelación y nada tiene que ver
»con este sistema planetario; de los que que-
»dan aún, restad las masas carlistas y las masas
»republicanas de todos los matices; id contando
»mentalmente lo que os queda; subdivididlo en-
»tre todas las fracciones gobernantes, y decid-
»me la fuerza verdadera que le queda en el
»país á cada una y la fuerza que representa
»cada organismo gobernante con su mayoría,
»con su voto decisivo y la acción y la dirección
»que ejerce en los negocios de la nación.»

El ilustre parlamentario quería decir con esto que los partidos gobernantes del turno dinástico carecen de toda fuerza en el país, están reducidos á unas cuantas docenas de personas, confirmando el dicho del Sr. Canalejas, conforme al cual los tales partidos son meras planas mayores sin soldados; que vienen detrás, ya con verdaderas masas, los republicanos y los carlistas; y por último, las muchedumbres socialistas y libertarias; y que juntos todos, libertarios, socialistas, republicanos, carlistas y alfonsinos, componen una minoría insignificante en la nación, manteniéndose la inmensa mayoría de ésta retraída por completo de la vida pública.

Tengo yo por exacto, en lo fundamental, este cuadro de distribución de las fuerzas políticas de la nación. Apreciando en dos millones el número de los afiliados á las diversas agrupaciones activas y sus familias—y tal vez exagero,—quedan 16 millones, acaso 17 ó 18 (pues la población efectiva ha de acercarse ya á los 20), para la gran agrupación pasiva, para la masa neutra. Por esto, el Sr. Maura consideraba preciso y muy urgente atraer á la política á los neutros, hablándoles el único lenguaje á que pueden ya responder, que es el de las *obras*, haciendo una revolución rápida desde el poder.

Señores, del enemigo el consejo; recoged esa lección. Es preciso que nos penetremos bien de este hecho capitalísimo: que la nación se compone de una mayoría compacta de 16 ó 17 millones de neutros, y de una minoría dividida y subdividida de un doble millón escaso; por consiguiente, que la república deberá en su día gobernar en vista, principalmente, de esa mayoría, y que antes de llegar al poder, y para llegar, debe el partido esforzarse por atraérsela, preocupándose casi exclusivamente de ella, respetando sus sentimientos, orientando el plan de reformas y revolución de arriba en el sentido de sus intereses, de sus necesidades é idea-

les. Ahora diré más; dentro de aquella mayoría neutra hay una mayoría á su vez: la formada por los labriegos y los menestrales, que en los 17 millones entran por 15 y $^1/_2$ cuando menos, y en los cuales, encima de componer, como veis, más de las tres cuartas partes de la nación, concurre la circunstancia de haber costeado con su sudor, con su dinero y con su sangre, en cien años de guerras, el derecho de asociación y de libre emisión del pensamiento, que estamos aquí ejercitando, la inviolabilidad del domicilio, la libertad religiosa, la libertad de imprenta y los demás derechos políticos, que á ellos no les sirven de nada, que nos sirven nada más á una minoría, habiendo adquirido con ello indiscutible derecho á que esta minoría les compense tan gran servicio en reformas de las que á ellos interesan;—resultando en conclusión: 1.° Que hay que gobernar principalmente para las clases neutras en general. 2.° Que, más especialmente, hay que gobernar para la blusa y el calzón corto.

¿No lo hacemos así? ¿Pretendemos gobernar con nuestras ideas personales, como si no tuviésemos que contar con nadie, como si fuésemos solos, fundadores de un Estado nuevo en el centro de la América meridional? Pues la fórmula republicana no llegará nunca á las rea-

lidades de la gobernación, porque la masa neutra no encontrará ventajas ó temerá perder en el cambio, y no ejercerá esa presión sorda que decide siempre de la suerte de los Gobiernos; y si por cualquier acaso fortuito, desmintiendo toda lógica, la República triunfa, no la dirigiréis vosotros *(Señalando á la Mesa)*, sus apóstoles y sus mártires, los que habéis padecido por ella treinta años: se repetirá el *sic vos non vobis* del poeta latino; á poco de instaurada, caerá en manos de media docena de «cucos» de los de ahora, de esos que nadan toda la vida entre dos aguas para irse fumando el tabaco de la monarquía mientras dure y ponerse en aptitud de fumarse luego el de la república, á título de halagar á las clases neutras prometiéndoles que harán la revolución de arriba sin radicalismos y sin sacudidas, con frac y guante blanco, y cuando hayan agotado la República, entregar nuevamente el país á la monarquía, llámese Duque de los Abruzzos, llámese Alfonso XIV ó Jaime I, para seguir fumando y dejar á los republicanos que recojan las colillas... *(¡Eso, eso! ¡Muy bien! Aplausos.)*

Lo repito: ¿no adopta esa actitud el partido? ¿No lo subordina todo, propaganda ahora, gobierno después, á ese criterio? Pues ya estoy oyendo á... Fulano, Mengano, Zutano, Peren-

gano (me vienen á los labios atropelladamente media docena de nombres, y siento no poder pronunciarlos); ya les estoy oyendo decirnos, entre sonrisas irónicas, á los que estamos aquí: «Señores republicanos, ó trabajan ustedes en balde, ó trabajan para nosotros.» *(Aplausos.)*

He ahí, señores, por qué, supuesto que es inevitable, fatal, que el voto de la mayoría, aun siendo, como el de las masas neutras, pasivo, es siempre el que en última instancia prevalece, y que, como dicen en mi tierra con referencia á las familias, «donde no hay gobierno, él se pone», me parecía á mí de la más elemental prudencia política que la República debería adoptar desde el primer instante de su proclamación, que el partido republicano debería adoptar desde la cuna, la misma actitud templada, transigente, oportunista, gubernamental que de todos modos adoptaría por cálculo, para arrebataros las riendas de la gobernación, los monárquicos resellados, convertidos circunstancialmente á la República; ó de otro modo, que el partido republicano debería declararse órgano especial de las clases neutras, y serlo de verdad, prestando atento oído á sus deseos, comulgando en su espíritu, guardándose de lastimar en ningua manera sus sentimientos, y adoptando su programa y haciéndolo desde lue-

go gacetable, sin dejar esa bandera á los que mañana han de hacer traición á la monarquía y pasado mañana á la república. *(Aprobación. Aplausos.)* Y he ahí también por qué cuando, hace pocos días, un amigo mío, delegado de provincia en la Asamblea republicana, me preguntaba «qué quiere decir eso de política quirúrgica», hube de contestarle, medio en burlas medio en veras—más en veras que en burlas,—que política quirúrgica significaba... encender lumbre á estacazos en las costillas y en los lomos de los republicanos impacientes, soberbios ó faltos de prudencia que, por madrugar demasiado, ahuyenten á las clases neutras y no den tiempo á que cuaje y eche raíces la República; á los republicanos que no den á ésta, para arraigarse á sí propia y hacer nación, el tiempo siquiera que han dado á la monarquía para hundirnos y expulsarnos de la historia y ponerse ella misma madura para caerse sola. *(Grandes aplausos.)*

La misión de la República. Qué debe entenderse por revolución de arriba.

Quisiera ahora, si vuestra fatiga lo consiente (varias voces: *¡Sí! ¡Sí!)*, definir cuál sea, á

juicio nuestro, la misión—social y nacional, más bien que política—del régimen republicano, concretando un concepto que anda en labios de todos con un sentido errático, vago, y sin embargo, tan trascendental, que en él creo se encierra la significación entera de la Asamblea del día 25 y de los actos de hoy que la sirven de complemento: tal es el concepto de *revolución de arriba, revolución desde el Gobierno.*

El problema español, el gran problema español que se nos planteó con la crisis de la nación consumada en Cavite y Santiago de Cuba y en el tratado de París, no es precisamente problema de «regeneración», aunque así lo hayamos llamado; eso lo fué en Francia, en 1870, porque detrás de Sedán quedaba un pueblo. Lo nuestro es cosa distinta. Desenlace lógico de una decadencia progresiva de cuatro siglos, ha quedado España reducida á una expresión histórica: el problema consiste en hacer de ella una realidad actual. No se trata de *regenerar* una nación que ya exista; se trata de algo más que eso: de *crear* una nación nueva. Fijémonos bien en esto, que es fundamental: que no es problema el nuestro de regeneración, sino de creación, si bien creación no sobre solar nuevo y despejado, sino sobre la base y pie forzado

de una nación que fué, lo cual dobla la dificultad.

Como primera materia para tal obra, contamos con medio millón de kilómetros cuadrados de territorio (que es bien poca cosa), y 18 ó 20 millones de habitantes. La cuestión está: 1.°, en arrebatar el territorio á la Naturaleza, convirtiéndolo en suelo industrial, en suelo productivo á la europea, y 2.°, en arrancar los habitantes á su sueño medioeval, transformándolos en ciudadanos libres, dotados de una conciencia y de una voluntad. *(Aprobación.)* Porque con un territorio que produzca sólo como en la Edad Media—y este es nuestro caso,—no cabe una nación moderna; y sin hombres, sin ciudadanos, una nación moderna es imposible, y España no los tiene: tiene sólo habitantes: nuestros ministros no han sido gobernantes de una colectividad de ciudadanos, sino ganaderos de un rebaño humano. *(Aplausos.)* Todavía hay que añadir que esa grey humana, cantera de donde el cincel de la República ha de sacar hombres, es, como obra de la Naturaleza, imperfecta, sin músculo y sin alma, deformada en su exterior, depauperada como el suelo, sin glóbulo rojo en la sangre, con sólo resplandores crepusculares en el cerebro y sin más voluntad que la que quiere dejarle una organización parasitaria de

caciques y oligarcas... *(Aprobación.)* Por manera, y en conclusión, que para hacer patria, que para hacer nación, hay que mejorar á un tiempo la geografía y la psicología; hay que esculpir este bloque tosco de la Península y sacarle facetas y pulimentarlo, haciendo de él un miembro civilizado del sistema territorial europeo; y hay que esculpir sobre el bloque rudo del español un hombre: un hombre de edad moderna, apto para colaborar en la formación de la historia contemporánea, para sustentar la investidura de la ciudadanía, para tomar parte en la gobernación pública y comprender el sufragio como un deber y emitirlo con tal convicción y tal resolución que nadie pueda atreverse á escamoteárselo. *(Aplausos.)*

Ahora bien; para llevar á cabo esa obra, requiérense necesariamente dos cosas: una, hacer maestros y hacer sabios, hacer inventores, hacer jueces, estadistas, agricultores, marinos, comerciantes, administradores públicos, profesores, etc., que todo esto nos falta; otra, construir escuelas, caminos, acequias, pantanos, bibliotecas, correos, mercados, almudíes, fuentes, alcantarillado, lavaderos, baños públicos, sanatorios, poblaciones y viviendas higienizadas. Y no hemos caído todavía en la cuenta de que lo primero pide tantos millones por lo me-

nos como lo segundo. Es preciso que el partido se haga cargo de que, por ejemplo, tanto como de locales capaces é higiénicos para escuelas, carecemos de maestros, y que el formar maestros—no como los que ahora denominamos así, sino maestros de verdad,—cuesta tanto, por lo menos, como el levantar edificios; que tanto como el sangrar ríos y represar torrentes para fertilización del suelo hace falta enseñar el uso científico del riego, y en general, la técnica agrícola moderna, y que esto es tan costoso y requiere de parte de los Gobiernos tanto cuidado y preocupación como los canales y pantanos.

Y si no basta, señores, gastar en una sola de las dos cosas, en la de material, en la de construcción, imaginad lo que será sacrificar raudales de oro, que son sangre de la nación, no ya en una de las dos cosas sin la otra, en sanear calles, en levantar escuelas, en allanar colinas, en alumbrar manantiales, en embalsar arroyos ramblizos,—sino en arrastrar peso muerto del pasado, en una gran parte improductivo: la Casa Real, las Clases pasivas, el Clero, el Ejército y la Marina en lo que tienen de pura carga de justicia, la Deuda pública; instituciones en que casi todo es sombra y apariencia, exceptuados nada más los dientes, que éstos

sí son una dolorosa realidad. *(Aprobación. Aplausos.)* España no revivirá jamás á menos de un trastorno profundo en los presupuestos, que mude la dirección de los recursos nacionales, transfiriéndolos de la España muerta ó jubilada, que ahora los consume, á la España naciente, á la España del porvenir.

Ahí tienen ustedes cuál sea la misión de la República; lo que, á juicio nuestro, la República tiene que hacer para que la revolución de arriba quede consumada: primero, formar (en su mayor parte, fuera de aquí, en Europa y América), el personal auxiliar, que ha de ser su brazo ejecutor en la educación nacional, en la administración de justicia, en fomento de los riegos, en instrucción técnica, en oficinas, en comunicaciones, en seguro popular, huertos comunales y demás instituciones de previsión, en legislación social, en legaciones, en ejército, en higiene pública, en policía de las subsistencias, etc., bajo la dirección ó la inspiración del gobernante: simultáneamente, construir el instrumento material, la escuela, el canal, la biblioteca, el pretorio, el camino, el almudí, el pantano municipal, la terma, el alcantarillado, la fuente, el colegio en el extranjero, el laboratorio, etc.; y en seguida, poner á alta presión y lanzar á gran velocidad la máquina resultante

de esos tres factores, hasta que las 30.000 escuelas de aprensión sean 60.000 escuelas de verdad, y las cinco ó seis vegas ó huertas de Zaragoza, Castellón, Valencia, Murcia y Granada sean una docena, y los dos Bilbaos ó las dos Barcelonas y media sean 15 siquiera, y se duplique la producción agraria por unidad de área, como en Europa, y afluyan raudales de luz al cerebro del español y raudales de sangre al corazón, y la vida media aumente en un tercio cuando menos, y el analfabeto sea un fenómeno raro, escándalo á la población, y la tribu que ahora y desde hace siglos acampa en la Península se haya convertido en una nación moderna, que lleve con Francia é Inglaterra, con Alemania y los Estados Unidos, la voz de la civilización y el cetro de la humanidad. *(Aplausos.)*

Queda definida con esto, según mi manera de ver, la revolución de arriba. Hasta qué extremo sea ella urgente y cuán grande la suma de inteligencia, de actividad, de energía y de sufrimiento que tendrán que poner en su realización los ministros de la República, se lo dirá á ustedes el siguiente hecho, que constituye una de las grandes vergüenzas de nuestro presente estado social y uno de los mayores motivos de desconsuelo para los que amamos por

encima de la patria al pueblo y por encima de España al español.

Según cálculos oficiales del Ministerio de Hacienda, confirmados por otros testimonios, la ración media de sostenimiento físico del español representa, á los precios actuales, un gasto mínimo por cabeza de 62 céntimos al día, que es decir unas 3 pesetas por familia. Pues bien, la inmensa mayoría de la nación no puede obtener esos 62 céntimos diarios; y resulta que más de la mitad de los españoles, después de haber trabajado en jornada agotadora de sol á sol, lo mismo que en los peores tiempos de la esclavitud,—más de la mitad de los españoles se acuesta todas las noches con hambre. *(Sensación.)* ¡Se acuestan con hambre, trabajando doce horas al día, millares de años después de haber la humanidad conquistado al buey y al caballo, el remo y la vela, la fuerza del río, la de la marea y la del viento; años y siglos después de haber predicado Sócrates y de haber expirado Cristo en la cruz y de haberse descubierto el Nuevo Mundo y relampagueado la revolución en el Sinaí francés, y de haberse descubierto la máquina de vapor y el transporte eléctrico de las fuerzas hidráulicas, y de haberse duplicado la producción agraria, sin aumento de trabajo, por el empleo de los

abonos químicos, y de haberse proclamado en las leyes el santo principio de la igualdad social y política de todos los hombres! *(Grandes y prolongados aplausos.)* Es lúgubre, señores, es macabro, sobre todo por la consecuencia. La cual no podía ser más obvia: es matemática pura. Ingresando en el estómago, en forma de alimento, menos de lo que sale del músculo y del nervio en forma de trabajo, forzosamente el trabajador tiene que cubrir el déficit á expensas del capital recibido de la naturaleza, que es el cuerpo; y ahí tenéis la razón de este hecho horrible, que no sé cómo no ha producido ya una revolución asoladora: que la vida media, en las clases pobres, sea de treinta años: en las ricas, de sesenta... *(Sensación.)*

¡Tanta verdad había en lo que alguien que ahora forma parte del Gabinete afirmó, con intención de vejamen, en el Congreso de los Diputados, cuando se promulgaron en la *Gaceta* el sufragio universal y el juicio por jurados: que Sagasta había desarmado y anulado á los republicanos, dejándolos sin programa!

La dinastía no puede hacer la revolución: política-cominera.

Cierto; cabe, desde el punto de vista de los neutrales, preguntar si por ventura esa revolución de arriba no podría obrarse sin necesidad de una conmoción previa de la calle, sin desahuciar á los inquilinos de Palacio y de los Ministerios; por mano de ellos mismos.

Por lo pronto, ya es mala señal que la monarquía haya tenido cuatrocientos años por delante, y en vez de hacer nación la haya deshecho, dejando la revolución sin hacer, aunque dos veces la ha intentado,—una en el siglo XVIII, en tiempo de Carlos III, otra en el siglo XIX, primera mitad del reinado de Isabel II.—He dicho antes que si el Sr. Labra, hace un cuarto de siglo, y aun menos, hubiese formado situación con sus compañeros, los cubanos habrían recibido á su hora las reformas á que tenían derecho y se habría conjurado aquella horrenda serie de infortunios á cuyo empuje brutal la nación ha sucumbido. Pero no se jubiló á la monarquía: en vez de Pi, de Salmerón, de Azcárate, de Carvajal, de Labra, fueron ministros Cánovas, Sagasta, Elduayen, Tetuán, Martínez Campos; no por eso,

es verdad, dejó de implantarse en Cuba la autonomía; otorgóla la Corona tan amplia y tan generosa como podría haberla firmado el Sr. Labra..., sin más que una pequeña diferencia: que la Corona otorgó la autonomía en el preciso, preciso momento en que ya no servía para nada ni podía evitar que se perdiera Cuba, y la Metrópoli su fortuna, su honor, su bandera, sus escuadras y su juventud. *(Aplausos.)* ¡Así ha hecho la monarquía la revolución desde el poder, y así nos ha lucido el pelo!—Ya hice ver á ustedes al principio cómo el Estado español ha salido de manos de la dinastía convertido en una cosa amorfa, inconstituído, con sólo apariencia de instituciones, como la más primitiva de las sociedades. ¿Y de hoy en adelante?

«Por el hilo se saca el ovillo, y por lo pasado lo no venido», dice un aforismo de la sabiduría popular. Mirad hacia el Poder: todo lo que hacen, todo lo que en dos generaciones han sabido hacer, se reduce á lo que yo llamo *política-cominera:* con las grandes cuestiones que afectan á la existencia nacional, y en que propiamente consiste la revolución de arriba, no se atreven; y no se atreven, porque no pueden atreverse: tenía razón el Sr. Silvela cuando decía que sólo un Gobierno revolucionario podría hacer las reformas revolucionariamente;

que á él, como director de fuerzas conservadoras, no le era posible otra cosa sino reconocer la necesidad de ir á ellas y prometer que *á su tiempo* se irá. Ya lo sabéis: «á su tiempo». Dadle á la dinastía siquiera, siquiera ochenta años *(risas)*;—¿os reís? pues todavía me parece poco, atendido el paso que lleva;—dadle, repito, ochenta años, y... después hablaremos. *(Grandes risas.)* Sólo que dentro de ochenta años, y aun dentro de cuarenta y de veinte, acaso, acaso de diez, vaya usted á saber lo que habrá sido de España; probablemente, lo que ha sido de las Filipinas y de las Antillas. *(Aplausos.)*

A la República, por patriotismo

Resulta, en conclusión de todo lo expuesto y reflexionado, lo siguiente: 1.º Que el que volvamos ó no los españoles á tener una patria, que el que vuelva á existir ó no en la Península una España viva, digna de ser vivida y deseada, depende de que se haga ó no se haga muy rápidamente una revolución radical desde el poder. 2.º Que esa revolución no pueden hacerla los partidos dinásticos. 3.º Que la España actual, en su concepto histórico, única cosa

que queda de ella, no es una nación autónoma, dueña y señora de sí: es una nación adscripticia, una nación pegada á una familia y á los contertulios de esa familia. *(Aplausos.)* 4.º Que, por consiguiente, esa familia y esos contertulios deben desaparecer de raíz; que todo el personal de la política reinante debe renovarse, abriendo paso á un Gobierno revolucionario y propiamente creador que pueda ofrecer en breve á los españoles, huérfanos de patria, una España nueva. *(Aprobación. ¡Muy bien!)*

Esto os explicará, señores, la presencia aquí de Cámaras agrícolas, á quienes por su naturaleza correspondería una actitud neutral, y que vienen, no obstante, á hacer votos por el triunfo de la República. Es que en las circunstancias presentes, el votar por la República no es ya obra puramente de convicción ni de doctrina; es, ante todo, *obra de patriotismo,* y más determinadamente *de españolismo. (¡Muy bien, muy bien!)* Porque ya, dentro de la actual constitución interna de nuestra nación, no hay más que un partido, y éste es el republicano, que pueda llegar al poder precedido de una revolución de abajo que lo capacite para llevar á cabo la revolución substantiva, la revolución creadora desde el Gobierno. *(Bravos.)* He ahí por qué, á juicio de mis representados, como

al mío propio, deben desear y procurar el advenimiento de la República aun aquellos que no sean republicanos doctrinales ó por teoría; que sean nada más hombres previsores y amantes de su patria. *(Aplausos.)*

Y he ahí también por qué el partido republicano debería, en opinión nuestra, organizarse y orientarse no tanto para que sirva de expresión y órgano práctico á una escuela política, conforme á principios de razón, cuanto para que sea el vengador y el restaurador de la patria; algo así como una *reprise* del fracasado movimiento de Zaragoza, que llevaba aquella finalidad. *(Aprobación.)*

Condiciones para que haya partido republicano de verdad.

En suma de todo: la idea de *España* va de hoy más indisolublemente ligada á la idea de *República;* y el que la República advenga y sustituya al menguado régimen actual depende de que exista un *partido republicano* de verdad. Veamos ahora, para concluir, las condiciones de que depende el que tal partido exista; las cosas esenciales sin las cuales el partido

no sería partido, sino, como todo en España, un simulacro de partido, desprovisto de toda eficacia y virtualidad. Esas condiciones son tres:

1.ª Masas disciplinadas, poseídas de un fuerte sentimiento de solidaridad y de subordinación al fin nacional y humano perseguido por el partido, que haga de ellas un cuerpo compacto, no como hasta ahora, un puñado de granos de arena sin cohesión, y dé la absoluta seguridad de que el advenimiento de la República no será el advenimiento del caos. *(Aprobación.)*

2.ª Una plana mayor robusta, numerosa y bien orientada, compuesta de hombres en quienes aliente un ardoroso espíritu de civismo, y tanto como de civismo, de apostolicidad y de sacrificio, que ahogue en ellos toda tentación de rivalidad ó de personalismos; hombres consagrados por entero al aprendizaje de la gobernación; que templen su alma en el estudio—en el estudio del pueblo y de su vida y de sus necesidades y aspiraciones tanto ó más que en el de los libros; que se hayan preparado ó se preparen para el ejercicio del poder, reduciendo sus pensamientos de gobierno á fórmulas gacetables, con la misma dedicación y con el mismo apresuramiento que si hubieran de formar si-

tuación á fines de primavera (1), dentro de tres meses,—único modo de que no les sorprendan los sucesos y de que las esperanzas de la nación no se vean una vez más defraudadas; y, por decirlo de una vez, plana mayor que no haya de ser cantera de donde sacar ministros en bloque, que vayan, según es uso, á labrarse en el Ministerio, sino depósito de sillares ya labrados, con los cuales la reedificación de la patria pueda quedar replanteada y adelantada en las primeras semanas que sigan á la proclamación de la República. *(Aplausos.)*

---

(1) *¿Víspera ó día siguiente?*—Decía, hacia el año 1690, un repúblico y economista castellano, Alvarez Ossorio, que «mucho mal suele ser víspera de mucho bien». Hubo en 1898 cándidos españoles que alentaron la esperanza de que así sucedería ahora en España. Por desgracia, el aforismo ha fallado, y nos hemos quedado con la esperanza. Hasta se diría que habíamos salido de Guatemala para entrar en Guatepeor, como dicen nuestros bien humorados primos los hispano-americanos.

Acaso, sin embargo, la sentencia no sea definitiva: los republicanos acaban de entablar recurso de apelación contra ella. Pudiera suceder que este desolado quinquenio de 1898 á 1903 no sea, como parece, el día siguiente de Santiago de Cuba, sino una mera continuación suya, víspera de la caída del régimen, aurora de una revolución creadora en que se engendre dichosamente una España nueva.

La historia dirá; y poco ha de vivir quien no lo vea.—JOAQUÍN COSTA.

3.ª y última. Que con masas y con plana mayor así, se logre inspirar confianza de una parte á las clases neutras, y de otra al extranjero. A las clases neutras, por motivos que ya antes he expuesto. Al extranjero, porque á causa de la solidaridad estrechísima que saben ustedes existe hoy entre pueblos y gobiernos, si el extranjero desconfía de nosotros, ó pone el veto á la República y ésta no llega á nacer, ó le niega el reconocimiento y se asfixia, como el pájaro encerrado en la campana de cristal de una máquina neumática.

Para que España viva...

Y ahora respiren ustedes: he concluído mi conferencia; que conferencia ha sido más bien que discurso. De ella y de los discursos de mis elocuentes colegas resulta la apremiante necesidad de aliviar la memoria de los muchachos del Instituto, que no puede ya con la inconmensurable abrumadora lista de reyes, suficiente por sí sola para embrutecer una raza, que principia en Eurico ó en Ataulfo hace catorce siglos, que sigue alargándose á cada nueva generación, y que está pidendo con mucha necesidad una revolución compasiva que la ataje y

acabe con ella antes de que ella acabe con los estudiantes y con nosotros. *(Grandes aplausos.)*

El Sr. Costa concluyó recordando que en aquel momento, desde Extremadura á Cataluña, desde Covadonga á Cádiz, un solo grito salía de todos los pechos, expresión de la fe en la patria que renace, é invitando al concurso á responder á sus paisanos de provincias, diciendo:

«*¡Viva España!* (Todos: *¡Viva!)* Y para que España viva, *¡viva la República!* (Todos: *¡Viva!)*»

El público, de pie, poseído del mayor entusiasmo, aclama á la República y al orador durante un cuarto de hora (1).

(1) Terminado el acto objeto de este discurso, el pueblo madrileño acompañó al orador, rodeando el coche que le conducía, hasta su domicilio; una vez en él, el público, que le aclamaba, obligó con su permanencia y aplauso á que el Sr. Costa saliese á uno de sus balcones; de lo allí ocurrido da sucinta cuenta un cronista en *Heraldo de Madrid,* el 8 de Febrero de 1911, de esta manera:

«**Costa, tribuno.**—*La noche triste.*—La oratoria de Costa fué de una hermosa estirpe clásica. Recia, majestuosa y varonil. Tenía su figura todas las cualidades que asigna Quintiliano al orador tipo: buen talante, cabeza venerable, erguida, modales vehementísimos y voz recia y sonora, de profeta.

»Viéndole, arrebatado é iracundo, roja la faz y lumi-

nosa mirada, alzar entrambas manos temblorosas ante el pueblo atónito; oyendo aquella voz tonante, crepitante, como la de un profeta bíblico, sollozar ó rugir ante la patria en ruinas, la emoción del oyente evocaba perfiles griegos ó romanos, días de Convención francesa, las cúspides más altas de la oratoria.

»No fué el verbo de Costa populachero ni dogmático, ni toleraba en sus grandiosos desbordamientos cauces de Parlamento ó de Academia; fué la palabra del tribuno, el apóstrofe ó el sollozo humano, la vibración genial de un alma que, como la de Esquines ó Cicerón, como la de los Gracos ó la de San Pablo, como la de Mirabeau ó la de Barnave, sentía todos los dolores y albergaba todas las cóleras de la patria.

»Fué en el frontón Central su último apostolado á la multitud. Habían perorado ilustres oradores del Parlamento; estaba el pueblo en vibración y aguardaba con sed la voz de Costa.

»Vimos, erguida y arrogante, la genial cabeza; los ojos volteábanse como los de un león; las recias manos se cerraban en dos puños potentes de gladiador ó atleta, y de aquel manantial viril, de aquella poderosa y firme figura, salió una voz quebrada por la ira: «¡Ciudadanos!... ¡Ciudadanos! Así fué la salutación del Pritaneo y de la Agora, del Foro y de la Convención francesa. ¡Ciudadanos! Así nos quiso él, posesores de la ciudad y del derecho, fiscales de traiciones y de injusticias, centinelas de la cultura y de la patria.

»A la salida de aquel mitin memorable, el pueblo llevó en triunfo á Costa. Rodeándole fuimos el coche, entre aclamaciones frenéticas y aplausos que retemblaban en las calles, hasta llegar á aquel paseo de Atocha, donde, desde un balcón, saludó por postrera vez al pueblo.

»Era una noche clara y tibia, con suavidad de primavera y luna clara, de poema ó de madrigal. Negro estaba el paseo de multitud; blanco por la blancura de hostia de la Luna.

»Los grupos, descubiertos, tenían los sombreros en la mano, como en recogimiento de misa. Costa salió al balcón entre la luna clara. Hubo un silencio memorable; sintióse el jadear de un tren, y la voz del tribuno, sollozante de cólera y dolor, cayó como óleo santo sobre el pueblo.

»Aquella inolvidable arenga restallaba con sus chasquidos de fuerte látigo pidiendo un ejemplar castigo para los delincuentes de la *débâcle*.

»Costa evocaba las colonias, sus fértiles riquezas y nuestro despojo, los días de repatriación de los soldados y la hora de dolor y de ignominia, en que se arrió nuestra bandera.

»Cuando acabó, ninguno tuvo fuerzas para aplaudir. Tal era la emoción y tan profunda; tan amargo el dolor y tan vergonzante la ira.

»Aquella fué la «noche triste». Y esta noche de hoy, esta noche que nos sorprende huérfanos del maestro y de su sombra, será no más que aquel «remember», no más que aquella evocación de aquella luna bella y fría, de aquel pueblo callado y vergonzante, de aquel hombre que, todo alma, se consumió de amor entre una multitud cobarde y una luna tan fría como el Misterio...— CRISTÓBAL DE CASTRO.»

CAPÍTULO III

INFORME ACERCA DEL PROYECTO DE LEY LLAMADA DEL TERRORISMO (1)

Señores de la Comisión: Sin preámbulo, no me gusta perder el tiempo, ni hacerlo perder á los demás.

El primer efecto que me causó la lectura de ese proyecto, fué de incredulidad: eso no era verdad. España ha venido pidiendo á sus Gobiernos á grito herido europeización, y los Gobiernos la contestaban con ese proyecto, africanizándola. Una parte del litoral del Golfo de Guinea, con sus tribus neolíticas, con sus régulos negros vestidos de taparrabos, es una dependencia de España; con ese proyecto, España se convierte en una dependencia moral

---

(1) Discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados por el Sr. Costa el 25 de Mayo de 1908, tomado taquigráficamente y no corregido por el orador.

del Golfo de Guinea. ¡Cómo había de creer yo que eso fuera una cosa seria!

Buscándole una explicación se me representa un sujeto, aventajado artista, que en vez de solazarse un domingo pintando una acuarela ó fusilando un conejo, discurría obsequiar á sus nietezuelos con un cuento azul de su invención, y tomó la pluma y se puso á escribir, y le resultó eso: una especie de *Civitas solis,* á estilo de la de Campanela, salvo titularse ley contra los explosivos ó ley contra el terrorismo, acaso por temor de que si la bautizaba por su nombre propio, que si la titulaba por lo que es, llamándola terrorismo á secas, incurriese por ventura en la sanción de las leyes de 1894 y 1896 contra los delitos cometidos por medio de los explosivos ó por medio de substancias inflamables.

No extrañará á nadie que diga esto si recuerdo que entre las utopias numerosas ó estados ideales que se han discurrido y escrito con objeto de aminorar las angustias y las tribulaciones de la humanidad, lo mismo que con las religiones desde Evemero y Platón hasta Fenelón y Fourier y Harrington, etc., las hay de tesis absolutista, como la del francés Vaugrain, las cuales por cierto no aceptarían, no admitirían parentesco el más remoto, ni siquie-

ra afinidad, con esa utopia del Vaugrain español que estamos enterrando.

El art. 15 de la ley de autos, tan compendioso, tan comprimido que cabe en una hoja de papel de fumar, envuelve, sin embargo, toda una Constitución; Constitución que por lo visto querría subrogarse en la del 76, amén de la ley de Orden público, del Código penal, etc.

La primera, la Constitución vigente, al menos platónicamente y en la *Gaceta*, introduce en España, siguiendo la tradición de otras anteriores, el régimen llamado parlamentario, en que un poder llamado legisiativo, dando cuerpo á la soberanía de la Nación, recogiendo las creaciones consuetudinarias de la colectividad social, interpretando estados de conciencia de la opinión, los traduce en leyes, y otro poder llamado ejecutivo que los aplica, acomodándolos á los hechos.

La nueva Constitución en proyecto invierte radicalmente los términos, y es ya el poder ejetivo quien legisla y quien rige los casos, no por una ley general y preexistente y promulgada por un poder distinto, sino por el puro arbitrio de un poder nuevo que se crea: el de las Juntas de autoridades, famosa hijuela y dependencia del poder ejecutivo, el cual de esta suerte asume las facultades del legislativo y del judi-

cial; ó dicho de otro modo y en resumen, por aquel criterio tan socorrido en tiempos del imperio romano y del Renacimiento, *sic volco sic juveo sic pro ratione voluntas.*

Item más, la Constitución vigente sanciona ciertas libertades, ciertas garantías para la personalidad humana, enumerando y definiendo los llamados derechos individuales de carácter civil, propios de toda persona humana, por ley de su naturaleza aunque incluídos por circunstancias históricas en un cuerpo legal de carácter político. La nueva legislación del proyecto, la Constitución nueva, hace tabla rasa de todo ese embeleco legal, y por ella bonitamente son tachadas la libertad de imprenta, y la libertad de reunión, y la de asoción, y el derecho de no ser juzgado ni sentenciado, sino después de haber sido oído y la inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, todo eso en suma que ha causado ya estado en el derecho de gentes, y sin lo cual no se concibe un Estado medianamente civilizado. Y todo esto, entiéndase bien, sin siquiera la hoja de parra de un *bill* de indemnidad, por una simple noticia que el poder ejecutivo da á las Cortes, las cuales no hay duda que con esto hacen un lucido papel en el negocio.

¿Qué quiere decir esto? Pues quiere decir

que ese art. 15 de nuestros pecados, es un artículo constituyente, que muda la forma política del Estado español, ó dicho en términos vulgares y corrientes, que sustituye un régimen por otro régimen, que muda de raíz lo que llamamos forma de Gobierno, y todavía, como si esto fuera poco, lleva á cabo esa sustitución de forma de Gobierno y ese cambio de Constitución por una ley ordinaria, verdadero golpe de Estado, sin siquiera convocar Cortes Constituyentes.

¿Es por ventura que, á mi juicio, el mudar de forma de Gobierno es una cosa necesariamente mala? Formulada la pregunta así, en términos absolutos y generales, no; como que yo aspiro también á mudar la forma de Gobierno; lo que hay es que el regenerar, el resucitar, el europeizar á España (todo viene á ser una misma cosa), requiere, inexcusablemente, un cambio de régimen; requiere, inexcusablemente, al menos por algún tiempo, un régimen político de tutela, y de tutela, naturalmente, con todas sus consecuencias, algunas de las cuales están contenidas en el proyecto que estamos analizando: pero ese régimen de excepción, ese régimen de tutela, requerido por el estado desesperado del enfermo, para el cual hasta los mismos remedios heroicos son ya insuficientes,

y cuya legitimidad se da sólo en función de algo sustantivo, á saber, la resolución práctica positiva de los problemas de la despensa y de los problemas de la escuela, de que la regeneración depende, ese régimen tutelar no tiene nada que ver con un proyecto de ley, con una ley abstracta, sin finalidad, dada sólo para un terrorismo de café cantante, que, ó no existe, ó existe sólo en los Gobiernos civiles, y que, en todo caso, sería inadecuado remedio, peor que la enfermedad, que es la razón por la cual el pueblo más ducho en achaques de política sobre el planeta, Inglaterra, lo ha excluído de su legislación, confiándose genialmente en la fuerza medicatriz de la Naturaleza.

Y no se me diga que esas facultades extraordinarias, cuando no fuera necesario el satisfacerlas y ejercitarlas contra el terrorismo, servirían de coeficiente á la regeneración, porque ni tal propósito se anuncia, ni de él se hace la más leve indicación en el proyecto para justificar esta vuelta al régimen del despotismo; y ni aun cuando el propósito existiera, estaría justificado, porque en España no hay hoy una sola persona que le estorbe; antes por el contrario, todos con las más vivas instancias lo solicitan, ni es únicamente quien lo estorba en su falta de brújula el Sr. Maura, ni en suma, por otra par-

te, esas facultades se dan nunca á quien ha demostrado con sus actos que no las merece, á aquellos de quienes, como del Sr. Maura, el pueblo no es que sienta ninguna duda ni ninguna desconfianza, sino que tiene la más absoluta certeza de que no había de cumplir.

El Sr. Maura, que desde la oposición prometió esta política reconstituyente, que todos hemos pedido en balde nueve años, cifrándola en una fórmula, en una frase muy compendiosa, «revolución desde el Poder», y que no bien llegado al Poder, cuando le han presentado al cobro la letra, la ha protestado, ha protestado su firma, y esa ha sido su última palabra. El Sr. Maura, que después de haber sido varias veces ministro, algunas de ellas ministro omnipotente, ha podido tener hace quince meses la sinceridad de decir á los diputados de la mayoría: Señores, han pasado nueve años; hemos entrado, mejor dicho, en el noveno año del desastre, y aún no hemos hecho nada; señal, anuncio de que cuando dentro de dos ó tres años vuelva al Poder—si es que vuelve porque nosotros criminalmente le dejamos—podrá decir ó podría decir á las mayorías parlamentarias: Señores, amigos míos, hemos entrado en el décimosegundo año del desastre; han pasado doce años desde la fecha del de-

sastre, y aún no hemos empezado á mejorar la ración alimenticia de los españoles, ni á alumbrar alguna luz en su cerebro: pero en cambio, hemos llevado á cabo, hemos hecho dos leyes eminentemente regeneradoras: la ley de Jurisdicciones, por una parte, y la ley contra el terrorismo, por otra. El Sr. Maura, de quien dirá escandalizada la Historia esa cosa horrible que yo no puedo explanar aquí, ese agravio espantoso hecho á la instrucción del pueblo en su relación con el presupuesto, ó mejor dicho, con el presupuesto de la marina militar.

No. ¿Cómo sería posible que nosotros abandonáramos á ningún político, pero menos que á nadie al Sr. Maura, esa ley que nos retrotrae á los días ominosos de Fernando VII y de las Purificaciones, y no digo á los días de Felipe II y de la Inquisición por no ofender á la Inquisición y á Felipe II? *(Risas.)*

Una ley que nos hace retroceder y que al mismo tiempo nos destruye; una ley que destruye los pocos escasos progresos que hemos realizado, políticos, sociales y procesales en los dos últimos siglos, y que, al mismo tiempo, esteriliza sacrificios inmensos, torrentes de sangre derramada por tres generaciones de héroes, de mártires y de patriotas durante más de una centuria; no, ese proyecto, ese engendro más

bien, no pasará de ser una utopia, de ser un cuento azul. No será ley, y no lo será, ó por que no lo votarán los diputados ó porque, aunque lo voten, quedará orillado, quedará en desuso, quedará sepultado en el panteón de la *Gaceta*, muerto desde el instante mismo de la votación.

Pero entonces me dirá alguien: Si tan seguro estás, Costa, de que no ha de llegar á regir, arribe ó no á las playas de la *Gaceta*, ¿por qué lo combates? Pues lo combato, no por el huevo, sino por el fuero; porque el sólo hecho de votarle personas públicas, que se dicen representantes de la Nación (ya se recordará que lo ha votado el Senado), y más aún el solo anuncio del intento ofende mi dignidad de ciudadano, y ofende en su dignidad al pueblo, haciéndome ver cuán hondo ha caído éste en el respeto y en la estimación, no diré de sus gobernantes, de los que le tienen secuestrado al patrimonio de la soberanía y del poder.

Porque es un baldón el consentir hasta el mero ademán de un tal escupitajo y de una tal bofetada como la de ese proyecto. Por eso me adelanto á protestar de él, en mi nombre y en nombre de un regular número de madrileños, de aragoneses, y en general, de españoles, que me tienen confiada su representación, aunque no puedo exhibir poderes notariales.

Cuando el Poder público, aun en el caso de ser legítimo, conculca la que llamamos enfátimente legalidad, al extremo y en la forma en que lo hace ese proyecto, es que invita á los ciudadanos á que hagan otro tanto, saliéndose también de la legalidad, constituyéndose en transgresores suyos. Acaso sea esto lo único de bueno que tiene el proyecto; y aún pudiera algún caviloso figurarse que ese había sido el secreto propósito del autor.

Había el Sr. Maura declarado en 1899 en el Parlamento, que si no se hacía pronto la revolución desde arriba, que era absolutamente necesaria, estallaría indefectiblemente, fatalmente, la revolución de la calle. Como la primera no se hizo, parecía, según el vaticinio, que debía haber estallado la segunda. Por desgracia no fué así, y el crédito del Sr. Maura como profeta periclitaba. ¡Qué extraño sería que él mismo, para recobrar ese crédito, hubiese querido medir el grado de mansedumbre del pueblo, aplicándole ese cohete, ó si se quiere, esa banderilla de fuego del proyecto, para ver si estallaba y recobraba un poco la vergüenza, y salía de estampía por esos redondeles de Dios.

Si así fuese habría que alabar la perspicacia política del aludido, porque la verdad es que de hecho el salón de sesiones se ha trasladado

al salón de conferencias, y aún podría decirse que el Congreso, todo hecho un juego de pelota, andaba en dolores de parto á punto de alumbrar una Convención. En el caso de la hipótesis, nos hallaríamos nosotros en el caso de la *felix culpa* de Adán, que así llamaban los Padres de la Iglesia al pecado original, porque en su pensamiento, gracias á él había descendido Cristo á la tierra, y se había obrado la redención mística de la Humanidad. El pecado del autor del proyecto sería otra *felix culpa*, porque gracias á él se habría obrado este fenómeno de que el pueblo, al fin, sintiera que le salían al rostro los colores de la vergüenza y que volvía de su síncope, y que se alzaba y se desperezaba y se le sentía otra vez el pulso, y por fin, hacía su declaración serena, altiva y magnífica de guerra.

Si los señores diputados llegaran á votar esa ley, nosotros la votaríamos también, salvo que con una pequeña diferencia ortográfica: ellos la votarían con *v*, y nosotros la votaríamos con *b*.

No quiero acabar sin hacer una protesta personal, individual, en el día de hoy antes de marcharme. Esta marcha tendrá lugar mañana por la noche, porque hoy, por desgracia, ya no puede ser.

Entre otras tristezas me llevaré una nueva: el espectáculo que me ha dado esta mañana la policía de Madrid. Ese espectáculo me ha parecido en primer término una representación dramática del ataque aquel de los *mamelucos* de Napoleón hace cien años, en la calle de Alcalá y Puerta del Sol. Me ha parecido también, en segundo lugar, que la policía quería asimismo tomar parte en esta información, y su informe colectivo en la calle, con el sable, me ha demostrado que como no tenemos aptitudes para tantísimas otras cosas de la vida pública, no tenemos tampoco aptitudes de polizontes ni de gobernadores civiles.

El coche que me llevaba, ha ido rodeado todo el trayecto de guardias montados, y yo protesto, porque no era una escolta de honor, sino una especie de anticipo de la Guardia civil, ejecutando este proyecto de ley, hecho ya ley, como si quisieran llevarme por adelantado á presidio; ¡á mí, pobre inválido, que estoy paralítico como España!

Yo protesto de este agravio que ha querido inferirme mi entrañable enemigo personal el Sr. Vadillo. Y esta protesta me causa una gran pena interior, porque no puedo hacerla más que teórica, porque todavía no está el horno en la disposición en que debiera estar.

Al retirarme al sanatorio del Pirineo, esta ira que me hierve en el alma y que me desborda de ella, la llevaré á depositar y á calmar en el seno de aquel admirable Pirineo central, si es que antes no sucede lo que hace mucho tiempo ha debido suceder.

He concluído. *(Grandes aplausos.)*

Opiniones de la prensa

Sea bien venido.—¡Bien venido seáis, don Joaquín Costa! Con toda el alma os saludamos al entrar en Madrid, león perseguidor de lobos y vulpejas. Viene á la Corte para oponerse á la imprudencia temeraria de los fracasados, al inri sarcástico que ponen sobre el madero en que han clavado á España los sayones de 1898; viene, y de las montañas aragonesas, el primer español, el último español, si no le ayudamos, si no ponemos todo el alma en esta empresa, si dejamos perder también esta batalla.

Saludemos á Costa, el sabio en diversas ciencias, el africanista, el enemigo de caciques y oligarcas, el fiero lapidador de fracasados, el patriota ardiente en quien vive fresca y punzante la impresión del tratado de París; el fustigador de los republicanos servidores de la

monarquía que aún mendigan impúdicamente jefaturas que perdieron en la *sesión memorable* y que jamás recobrarán; el autor del Manifiesto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón ó de Barbastro, espléndido molde para unir á todos los españoles dignos de serlo; el patrocinador de la «política de calzón corto»; el que puso en la «despensa y en la escuela» los términos del problema nacional tergiversado por la Solidaridad catalana; el que se sobrepuso á las Cortes y demostró ser él y no ellas representación de la nación, oponiéndose en el colosal informe publicado en *El País* contra el inmoral y necio despilfarro de 200 millones para construir la escuadra; el incansable espoleador de la dormida voluntad nacional; el férreo, el gigantesco Pelayo de esta reconquista... ¡Salud!

Cuantos escuchen la voz del Fichter español; cuantos sigan el norte que él trazara en libros y discursos; cuantos sientan con él los males de la patria y sepan con él odiar y maldecir á los que ha llamado enemigos interiores de España, acudirán á darle la bienvenida.

Deben acudir. Quien no madrugue para recibir á Costa, no diga luego que le desvela el porvenir de España.

Bien venido, ceñudo solitario de Graus, ara-

gonés prototipo, español castizo, hombre representativo. El partido republicano celebrará Asamblea en la estación de Atocha, y España oirá por primera vez á su verdadero representante en el palacio del Congreso.—(De *El País.)*

«**El solitario de Graus**». —En las peñas de Graus ha resonado el grito de la juventud. Graus está cerca de Sobrarbe, y en Sobrarbe ha nacido nuestra independencia.

Costa, agriado, asqueado de toda la política, refugiaba en aquellos riscos sus melancolías de cuerpo y alma. Como Catón fué «el último romano», el gigante espíritu aragonés iba á ser «el último español.»

Pero he aquí que surge ese proyecto, afrenta de los hombres y escarnio de la idea libre; he aquí que unos cuantos jóvenes, atribulados como los discípulos en Emaus, vuelven los ojos al maestro, y he aquí que el maestro, fortalecido, se pone en pie como un caudillo patriarca.

Costa viene á informar ante la Comisión... Toda España sabía que el glorioso patricio aragonés mantenía su voluntario ostracismo con la fuerte tenacidad que aureola su carácter. Toda España, al saber que viene Costa, está asombrada de que venga. ¿Qué fuerza de

atracción, qué imán no tendrán para el maestro el grito desesperado de los jóvenes y el resplandor de pira de ese proyecto medioeval?

Por los cuatro costados prende en España este fuego santísimo de la indignación.

La juventud, que estaba retraída, deja sus torres de marfil y arremete furiosamente contra el proyecto. Y «el último español», casi inválido corporal, pero gigante brioso de alma, va á lanzar contra las murallas de los déspotas la catapulta de su verbo único.

De sobrarbe, de aquellas peñas bravas, arranca nuestra independencia. De Graus, de aquellos fuertes riscos, nos llega nuestra dignidad. Y los labios de España, descoloridos por el *Miserere*, se encenderán con los claveles del *Aleluia*. Saludemos á este hombre que, casi inválido de cuerpo, se yergue, por amor de España, con el gigante brío de un patriarca histórico, y aprendamos en él los jóvenes, en este gesto suyo memorable, el credo de la patria digna...— CRISTÓBAL DE CASTRO.—(De *El Liberal.)*

«El solitario de Graus».—El tópico se ha adueñado del nombre de Costa. Es «el solitario de Graus»; el autor de la frase siempre mal citada de la «doble llave al sepulcro del Cid»;

de la atribución de eunuquismo á todos los españoles. Para muchas gentes, Costa no representa nada fuera de eso. Limítase ahí su espíritu y más se le tiene por hacedor magnífico de frases valientes y aventuradas, que por el hombre genial que guarda en su espíritu energías robledizas en frente de todas las tormentas.

Es de acero su temple espiritual, como es de fuego la brasa viva de su corazón. Tiene amor y tiene odio, y ¡cuántas veces, en la lucha, ha acabado por sentir odio hacia aquello mismo que amó!

No le hemos visto en su retiro de Graus. Aquí, en Madrid, en la biblioteca del Ateneo, ante libros de historia, ante la historia escueta de viejos *Diarios de Sesiones*, abisma Costa su mirar y su alma en un estudio lento y luego traza sobre las cuartillas la amarga desolación de su canto, el treno, que no es lamentación, sino rugido.

Es España, Costa; es el espíritu de España en cuerpo que no quiere salvarse y que está á punto de morir. En Costa hay hasta algo de simbólico en su figura. Él, á modo del Balzac rodiniano, tiene un aspecto leonino: la cabellera; la ahondadora y desdeñosa mirada; la voz que ruge, que estremece el aire en una vibración febril. A las veces sus ojos claros, á los

que el sufrimiento físico y moral parece que enturbió, brillan como si un incendio interior se reflejase en su cristal. El abandono lánguido, humorístico, castizo, español y refranero, de su conversación cuando habla, es sustituído en ocasiones por una vigorosa entonación, que es insulto, desdén y sarcasmo. Su cuerpo enfermo y débil, derrumbado sobre el asiento, la espalda que se dobla, ancha y fortísima, la noble cabeza surgiendo de toda aquella postración, todo evoca al león herido, vencido por la indiferencia de un medio que ha de añadir á la palabra Costa «el solitario de Graus», el de lo del «sepulcro del Cid», el de los «eunucos españoles».

Somos el pueblo de lo pintoresco, de lo expresivo; la gracia de una frase basta á cautivarnos; el ingenio falso y precario del género chico, sin que nos demos cuenta, ha creado un deplorable ambiente de flamenquismo, al que nadie se sustrae. Lo fácil, lo hábil, lo que tiene un exterior de «bien hecho», nos sugestiona con preferencia á lo que puede despertar, remover, inquietar la conciencia dormida, hipnotizada por una indiferencia de siglos, cristalizada en fórmulas de vieja, inactual y discutible moral.

Ahora la juventud, en su noble idealismo, en

su romanticismo redentor, esa juventud sin amo que conoció *Azorín* y que el Sr. Canals vivió en sus tiempos de *terrorista* tartarinesco, afirma su indepedencia y sus entusiasmos ante la enormidad de la ley que se fragua. La juventud, la que trabaja y estudia en la biblioteca del Ateneo, ha firmado un mensaje á Costa. Se esperaba en él; al mismo tiempo se temía que las trágicas decepciones que amargaron su vida obligasen al gran español á permanecer en el aislamiento. Por fortuna, Costa, en sus telegramas á Moya y á Cristóbal de Castro, dice que vendrá. Mañana dirá D. Joaquín Costa ante la Comisión bergaminesca su dictamen. Va á hablar España. ¿Despertará á la voz de trueno de Costa, la fatigada, desengañada, dormida conciencia nacional?

Amigo *Azorín*, mal día para la vulpeja.—(De *El Mundo.)*

El león de Graus.—El noble y austero pensador, el luchador bravío que pregonó antaño el derecho al odio santo, al sublime odio á los enemigos de la patria, abandona las soledades de su retiro y viene á Madrid á recordar durante dos horas la época de recias batallas, que ya pasó y que acaso no vuelva.

Ha bastado una sola indicación para que Cos-

ta volviera por los fueros de la Patria ofendida. Como ocurrió siempre que de él se necesitó, viene el león de Graus á demostrarnos su fiereza, á convencernos de que sus energías dormidas despiertan al más ligero choque de las voluntades.

Sea bien venido el insigne maestro. Su llegada encierra tal trascendencia, es de importancia tan extraordinaria, que los demás asuntos se empequeñecen y quedan relegados al olvido.

Hoy es Costa la actualidad. Como á nuestro redactor le ha dicho él mismo, es preciso que esta noche llenen los periódicos una plana con *cosas* suyas. Y hemos de reconocer que tiene razón. Para que al gran público, á esa masa heterogénea que forman tan variados elementos, llegue la sensación viva y profunda de una cuestión interesante, es necesario presentársela en forma extensa, en relatos amenos, con nimios detalles, que son los que más agradan. Y así, entre toda esa hojarasca informativa, resaltará la verdadera trascendencia del asunto.

Nosotros tenemos decidido empeño en que el pueblo reconozca todo el alcance que encierra este viaje de D. Joaquín Costa. El gran hombre, enfermo, víctima de los achaques que atormentan su cuerpo—como atormentan su

alma las pequeñas luchas que entre sí sostienen sus correligionarios,—viene á dejar oir sus palabras serenas é implacables. Con haber sido elocuentísimos todos los informes que se han pronunciado ante la Comisión que ha de dictaminar sobre el engendro mauritano, nosotros aseguramos que esa Comisión sólo tendrá en cuenta dos de ellos: el de Iglesias, que es el de toda la masa obrera, la más enérgica y la más poderosa de cuantas componen los elementos vivos del país, y el de Costa, que no se arrogará la representación de nadie, que hablará por cuenta propia, con la sinceridad y con la valentía que pone en todos sus actos.

Debemos felicitarnos de que Costa venga á informar. Tenemos el convencimiento íntimo de que en su discurso habrá trenos formidables y vibrantes ataques, porque su carácter no ha variado en nada. Es el mismo de siempre: huraño, claro y decidido.

Vaya nuestro saludo más cariñoso al hombre ilustre que ha merecido el justísimo apelativo de «León de Graus». Nosotros tenemos fe en él, en sus energías indomables, que bastan para reprimir los dolores del cuerpo; de un zarpazo destruirá el proyecto absurdo, descabellado, con que Maura quiere coronar su obra inquisitorial y represiva.

La voz de Costa, sin que él lo pretenda, será esta noche la voz de muchos españoles que sienten el odio santo cantado por el pensador aragonés. En nuestros pechos va creciendo ese odio, cada día con más fuerza. Odio á los explotadores, á los que viven á nuestra costa, á los que nos humillan y nos desprecian. ¡Odio, santo odio, amado odio, cada vez más grande y más justificado!—(De *España Nueva.)*

Costa en Madrid.—Antes de verle, cuando se supo la noticia, hubo en Madrid un aleteo de entusiasmo, de admiración hacia ese hombre que se estaba dejando morir en un pueblo lejano y que á la voz de alarma no repara en dejarse una triza de su vida en la jornada. Ahora ya no es entusiasmo, es emoción lo que nos invade; emoción honda, religiosa, mezcla de piedad y de culto, sumisión, profundo respeto ante el patriotismo supremo del repúblico que es hoy nuestro huésped.

En los andenes, á pesar de no ser pública la entrada, se apiñaba un gentío gárrulo, compuesto de políticos, de poetas, de obreros que esperaban el correo de Aragón. Al entrar el convoy estalló el griterío: luego en un estribo apareció la figura de Joaquín Costa, y un calofrío estremeció á la multitud. Costa viene an-

ciano, gastado, maltrecho, muy enfermo, muy enfermo. No puede andar; apoyándose en los brazos de Moya y de Calzada, lentamente llegó hasta la fonda de la estación, para tomar allí alientos contra la fatiga corporal que le estaba agotando. Y allí, jadeante, tuvo palabras de desprecio para los conservadores y severas amonestaciones para los republicanos.

Los que estaban cerca permanecían silenciosos, haciendo esfuerzos para que sus semblantes no denunciaran la pena con que veían aquella ruina de cuerpo sostenida por una inconmensurable energía espiritual.

Y los de afuera enronquecían gritando:

«¡Viva Costa!»

Unos y otros han de prepararse para oir esta noche verdades grandes como montañas y dolorosas como fustazos.—MARCO-GRECO. —(De *Diario Universal.)*

Vaso espiritual.—Ha entrado Costa en el salón, y ha traído el silencio y la majestad. Y cuando el auditorio fervientísimo ha visto que lo conducían lentamente, fatigado, jadeante, el cuerpo torpe y los brazos lacios y caídos, todas las caras han tenido un gesto de piedad, y por todos los ojos ha pasado una luz de melancolía.

Costa se sienta, mejor dicho, se deja caer en

el sillón. Deja sobre la mesa su bastón, un número del *Diario de las Sesiones* y un volante con notas. Respalda la cabeza ruda—esa cabeza montaraz, cuyos cabellos se enmarañan—y bebe medio vaso de agua.

Después, con una voz penosa, empieza: «Señores de la Comisión». Y en sus ojos, de majestad socrática, hay claridades de vidente, mientras que por su faz de apóstol pasa la angustia del enfermo.

Todos los ojos vuélvense hacia él. Y en la solemnidad de aquel silencio, el discurso se desenvuelve fuerte y vario; aquí, con sus palpitaciones literarias del «Cuento azul»; más allá, con sagacidades económicas sobre los presupuestos; después, con resplandores de filosofía, al tratar de derechos y de deberes. Y es complejo, y es multiforme, y es altísimo; y es, á veces, irónico y luego ardiente é inflamado como una arenga; y es, á ratos, desesperanzado y angustioso, de una tribulación infinita.

Los políticos le oyen como oirían á un hombre extraplanetario. Sócrates ha pasado por el salón de conferencias. En la ávida atención con que le escucha la juventud intelectual, hay la emoción trémula y viva con que Aquelodoro escucha á Sócrates. Y este Sócrates, impedido

y abotargado, alza sus claros ojos á la araña eléctrica; diríase que consulta á su «demonio familiar».

¿Y el pueblo? El pueblo, en pie, apretado, sofocado, le escucha sin parpadear. ¿Es que el pueblo entiende á Costa? No; es que le siente. Es que la sed del pueblo siente el rumor de esta palabra, como el de un manantial de aguas generosas. Es que cuando el patricio se ha golpeado el ancho tórax, con los puños cerrados de ira, y ha erguido la cabeza fieramente, el pueblo ha comprendido que este gesto supremo de dignidad y rabia, es gesto de su carne y de su dolor...

—«Y no he de terminar sin hacer público mi agravio. Es un agravio personal, que me han inferido esta mañana las autoridades. El coche en donde yo venía ha seguido todo el trayecto, custodiado por parejas de la guardia montada.» Y todo el ser de Costa se ha estremecido á este recuerdo, como un viejo noble castellano á la memoria de un baldón. Y entonces, todos, todos hemos sentido una piedad indefinible, intensa, muda y cordial, como la de los hijos por el padre.

—«Yo me retiraré á los Pirineos—dice.—Y allí, en aquellos montes, ocultaré este agravio que no puedo vengar... porque estoy paralíti-

co, como España...» Y estas palabras últimas, inolvidables, memorables, resonaron en el salón como una profecía, como un «treno»... Costa ya no era un hombre; era un vaso espiritual... —CRISTÓBAL DE CASTRO.—(De *El Liberal.)*

Costa.—¡Ved la cabeza en firme bloque y la cara ancha, ruda, masculina, del solitario de Graus! Todas las líneas son severas, desde la frente que corona una mata de pelo crespo derribado hacia atrás hasta la nariz recta, y las barbas que fueron negras y que hoy se han llenado de hilos de plata. Así imaginamos el tipo de la raza española, tallado á golpes en una cantera de Celtiberia. Bajo la soberbia de la frente y el arco noble de las cejas lucen unos ojos que á veces tienen la serenidad de las cosas muertas y á veces brillan con resplandores de pasión. Esta es la huella del tiempo en el pedernal de la raza. Estos ojos inmóviles tienen el cansancio de haber leído demasiadas verdades y de haber perdido demasiado tiempo en la atalaya de su esperanza mirando el horizonte.

Ante la imagen imponente de Joaquín Costa se ve que este hombre tiene profundas raíces en el suelo donde ha nacido. Se asienta como los montes en las entrañas de la tierra patria, y

más fácil sería hundirle que desarraigarle. Su historia confirma este juicio. Ha vuelto á Graus después de aventurarse por la política, y de allí no se mueve, convencido, quizá, de que las mayores aventuras son las que corren los grandes espíritus sin salir de sí mismo. Desde Graus ve pasar el turbión de las desdichas nacionales. Como está tan apartado de nosotros, como ha huído á su rincón, y los ecos de la vida nacional llegan á él con extrañas resonancias, Joaquín Costa sufre por aguzamiento de la sensibilidad. Para pensar sobre nuestro presente la soledad le sirve, pero es á costa de su corazón, porque en la soledad todos los golpes son mucho más duros y le causan mayor dolor.

Hoy, al llegar á Madrid Joaquín Costa, sale á recibirle un movimiento de simpatía que es también un impulso de expectación. ¿Qué motivo puede haberle obligado á salir de su cueva? ¿Hasta dónde llega la gravedad de las circunstancias, cuando Costa sacrifica por ellas lo que más ama: el silencio y el reposo?

Costa se había propuesto aislarse de verdad; no intervenir en la pelea diaria. ¿Por cansancio? ¿Por despecho? ¿Por conciencia del inevitable fracaso? Por todo un poco: pero más que por esto, por hipertrofia de la sensibilidad. Es un hombre que lleva el corazón á flor de piel.

Para guía de las muchedumbres le falta esa cualidad de la resignación que los políticos cultivan como un árbol doméstico en los países abatidos. No sabe soportar la pequeñez, la imbecilidad, la malicia ajena. Es Gulliver que no quiere acomodar su paso al de los cortesanos de Liliput. En tal estado de ánimo, no cabe más sino la máscara fría de Pí y Margall ó el gesto desesperado de Joaquín Costa, que alguna vez se ha arropado en su clámide para morir como César, dignamente. Su refugio de Graus era la salvación. Su negativa á toda conferencia y á toda interviú, era un plan curativo, un sedante para el espíritu más que para el cuerpo.

La impasibilidad en medio de la lucha no la podía tener un temperamento labrado de una sola pieza y de las dos maneras de inhibición y de alejamiento que podemos emplear los asqueados, los protestantes, los *no conformistas*, empleó la más categórica: desaparecer. La otra que algunas cabecitas de colibrí y algunos entusiastas de todo lo que bulle y lo que brilla confunden con la frialdad, es la que nos reserva la suerte á los que ni siquiera disponemos de una peña en Graus para vivir como trogloditas.—(De *Las Novedades.)*

Tu disca, tu signore et tu maestro.
(Alighieri.)

Los hombres representativos.—Los hombres-símbolo, los héroes que adivinó Carlyle, el superhombre que ha soñado Nietzsche, los iluminados de la superstición índica, los genios de las teogonías griegas, los caudillos inspiradores de las multitudes de que con tanto aplomo hablaba Rousseau, los constructores de pueblos que pidió un día Brosa, los tipos ejemplares ó primeros tipos que imaginaron algunos filósofos, los hombres representativos, en fin, son, digan lo que quieran los beocios, una viva y palpitante realidad. La ramplonería es una enfermedad crónica de nuestro cerebralismo bajo y pedestre. Las altas concepciones que no abarca la mente de los simplistas se llaman en lenguaje *razonado* utopias. Así se ha dicho siempre. Y quizá sea cierto. Las únicas verdades *palpables* son las arrobas de nuestra materia bruta, el limo de nuestros torpes pensamientos, la parvidad de nuestras concepciones, nuestro espíritu gregario que maldice Sergi, la pobretería moral de que nos acusa Unamuno. El equilibrio, la lógica, la razón práctica. ¡Bonitos y antiguos tópicos! Por dicha están algo desacreditados. El sentido común *(common sense)* gobierna al mundo, dice Reid. Y en nombre de ese

tirano, parodia de una frase de Mad. Roland, ¡cuántos crímenes se han perpetrado! Jesús, Savonarola, Giordano Bruno, Galileo, Servet.

Estos nombres y estas consideraciones junto al nombre de Joaquín Costa *(ave, magister)* que yo escribo hoy aquí, tienen una significación concreta y categórica. La llama de las persecuciones y el hielo de los olvidos inicuos se desencadenaron un tiempo contra este hombre extraordinario que tiene vocación de asceta y de santo, hierro y temple de elegido, visión de arúspice y de profeta. La injusticia hizo presa en él. Mas su figura crece y se agiganta de día en día, alzándose apocalípticamente por la fuerza de su genio sobre torbellinos de odios y sobre huracanes de envidias. Encima de su frente ha caído ya el óleo sagrado de los ungidos.

Costa es una majestad tallada en la roca viva de nuestras montañas. Tiene la altura inabordable de nuestras cumbres, la soberbia de las águilas que anidan en las quebraduras de nuestras peñas, la grandeza de los árboles seculares que crecen á orillas de nuestros ríos, la fiereza de los leones que mató Alcides en las espeluncas de nuestro Pirineo, la ira de las borrascas que se desatan en nuestras sierras, la energía indomable y avasalladora que alentó á las cruzadas de San Juan de la Peña, el espíri-

tu independiente, liberal y altivo de aquellos almogábares y pecheros aragoneses que, en pleno siglo XIII, luchando contra la tendencia invasora y absorbente de los magnates, de los abades y de los reyes, supieron tener á raya con sus fueros, con sus cortes y con sus instituciones políticas y económicas, las demasías de las clases privilegiadas, bárbaras y despóticas y conquistar los derechos de una admirable democracia y gozar de libertades públicas que, siglos después, han copiado todos los pueblos en sus cartas y en sus Constituciones. Costa tiene una palabra poderosa, restallante y rotunda que devasta y arrasa como los aquilones que soplan en nuestros bosques. Costa tiene una mirada luminosa y magnética como las estrellas de nuestro cielo. Costa tiene un gesto endiosado y olímpico como el de las deidades que la leyenda sentó en nuestras cordilleras y en nuestros valles para vencer á los elementos. Costa tiene una voluntad labrada en acero de nuestras minas y veneros. Costa tiene una inteligencia de legislador como la de nuestro rey Jaime y de vidente como la de nuestro pintor Goya. Su nombre dice la potestad de un caudillo y la gloria de una bandera. Dice la ciencia de un sabio y la fe de un innovador. Dice la honradez de un virtuoso y el

alma grande y desinteresada de un patriota.

Y hoy lo saben así en todas partes. Ayer es el autor de *Anna Karenine*, el hombre más grande de nuestros tiempos, quien lo pone junto á Séneca y al múltiple y omnisciente Francisco de Quevedo y encomia *El Colectivismo agrario*. Luego es Posada quien le llama escritor fecundo y sabio. Más tarde Retana lo califica de pensador inmenso y sabio incomparable. Hoy es la prensa quien lo compara á Fichte, el precursor de esta Alemania poderosa y temida. Y otro día es Azcárate y otro día es Giner y siempre somos los diletantes y los estudiosos quienes vamos á beber del caudal de sus fuentes y á rendir sobre las planas de sus libros tributo y homenaje de gratitud y admiración al escritor y al maestro.

Había de llegar la hora de Dios, que es la hora de la justicia, y dejarse oir en los términos de España la ruidosa solemnidad del triunfo. Joaquín Costa encarna un ideal de nuestro pueblo. Por ventura el único ideal que nos queda á docena y media de chiflados y vesánicos. La gloria del nombre español quedó enterrada en las Antillas como mortaja de miles de soldados arrebatados de los talleres, de los campos y de las universidades, y muertos sin honor en la manigua. Han pasado nueve años desde la tre-

menda *débâcle* y «aún no hemos hecho nada». Tenemos la misma apatía, la misma supiñidad, la misma inopia, las mismas lacerías, los mismos dolores inmensos é inenarrables. Estamos al final de una vergonzosa decadencia que inicia, hace cuatrocientos años, con sus despilfarros y sus aventuras Carlos I, y continúan hasta el establecimiento del régimen constitucional una cuerda de reyes idiotas. El desenlace de esta tragedia espantosa acaso no está muy lejano. Ahora bien; Costa es el único español que se ha redimido á sí mismo, siendo el más inocente, después de la hecatombe lamentable de nuestro desastre colonial. Es el solo para quien no han transcurrido en balde tantos años desde nuestras desdichas nacionales. Nada más él ha mantenido vivo en su corazón generoso el fuego sagrado del odio. Todas las calamidades presentes y las desgracias pasadas viven en él y torturan su alma apostólica. Él recomendó, como remedio heroico en la crisis de la nación, la política quirúrgica. Él señaló el programa de aquella otra sabia política de reconstrucción y renovación en una fórmula sencilla, grandiosa y sintética: «escuela y despensa». Él ha fiscalizado constantemente la funesta labor de nuestros pequeños hombres públicos; su pluma ha sido siempre martillo que tunde, es-

coba que barre, espada que hiende, como pedía Alfredo Calderón. Él dió el grito de alarma á los contribuyentes para evitar la consumación del presupuesto de escuadra que ha de forzar la bancarrota de la Hacienda. Él ha sostenido el divorcio y ahondado el abismo que separa á las oligarquías turnantes de los partidos extremos. Él se ha declarado en franca rebeldía y en abierta contradicción con las instituciones vigentes, que juzga incompatibles con el verdadero patriotismo. Él ha proclamado la violencia como medio expeditivo y único para lograr la regeneración de la patria irredenta. Él encarna la protesta de la España humillada, de la España vencida, de la España desangrada y exhausta, de la España que padece hombres, vejaciones, ignorancia, opresión; de la España que no conoce al Estado más que como agente electoral que le escamotea sus derechos, como agente ejecutivo que le saquea su patrimonio y como reclutador de quintos que la despoja de sus hijos.

¿Dije, pues, que Joaquín Costa era un hombre representativo?—ANGEL SAMBLANCAT.—(De *El Ribagorzano.)* (1).

(1) *Heraldo de Madrid, El Imparcial, La Correspondencia* y multitud de periódicos, publicaron sendos artículos dedicados á Costa. con aquel motivo.

CAPÍTULO IV

LAS DOS NACIONES (1)

. . . . . .

Nos hallamos en momentos por todo extremo críticos. Hay que salvar la bandera, hay que rehacer la nación: pide esto una revolución rapidísima desde el poder; y la revolución desde el poder está acabando de convertirse en una nueva retórica, como aquella malaventurada sobre asimilación y autonomía que divirtió los últimos años de nuestra dominación en las Antillas. Los Sres. Silvela y Maura, que

---

(1) Con motivo de la aparición de un nuevo periódico en Málaga, su fundador D. Pedro Gómez Chaix, requirió del Sr. Costa unas cuartillas con las cuales inaugurar la primera columna de *El Popular:* el mencionado periódico publicaba el día 2 de Julio de 1903 una carta de salutación y aliento, escrita por nuestro autor desde La Solana el día 25 de Junio del expresado año. De esta sentida cuan fervorosa carta tomamos los párrafos objeto del presente capítulo.

han vivido, políticamente, cuatro años de prometer esa revolución, acaban de declarar en el Parlamento que no pueden hacer lo que el país había entendido que tal concepto significaba: esos que en la oposición se nos anunciaron como grandes arquitectos, se han reducido á sí mismos en el poder á menos que peones de albañil. Yo creo que la revolución rápida desde el Gobierno, tal como el país la entendió, puede positivamente llevarse á cabo: en cuatro años la han hecho los norte-americanos en Cuba. Pero creo también que los Sres. Silvela y Maura tienen razón; que no son ellos los llamados á ser el Leonardo Wood de la Península: lo teníamos descontado. Esa obra pide una revolución previa de la calle, que no puede esperarse más que de los republicanos. Por esto, la causa de la república no es la causa de una mera forma política: es, juntamente con eso, la causa del país; del país neutro.

Afirmaron con repetición aquellos dos políticos que á España le falta todo, absolutamente todo, para ser propiamente una nación; que no posee sino apariencia de instituciones; y ahora, este mismo mes en el Senado, ya dicen que aquello de «revolución» fué un yerro levísimo de léxico, cuestión de una *r* de más; que no hay que hacer nada, que la curación del orga-

nismo nacional ha de ser obra de la Naturaleza: la conjunción conservadora, ya volante, y la conjunción liberal, en canutillo, por el solo hecho de existir, dejan á los republicanos sin programa, y por tanto sin razón de ser. Así, *tout court:* ¡sin programa! Aunque todo está por hacer; aunque España es una nación inconstituída y los conservadores y los liberales no saben ó no pueden ó no quieren constituirla de otro modo que por apariencias á lo Potemkin. Porque ya es sabido que el programa del país, su anhelo, su ideal, consiste en eso y nada más que en eso; que el país no quiere más ni más necesita para reconciliarse con la vida y restituirse á la corriente de la historia que un par de conjunciones ó concentraciones oligárquicas como aquellas de 1875 y 1881, y un mozo imberbe al frente de ambas, para presidir como entonces la *vis medicatrix* de la Naturaleza, que nos llevó... á Santiago de Cuba y al tratado hispano-yankee de París.

Los mismos Sres. Silvela y Maura han confesado en sus horas de sinceridad que el país los execra; que entre él y los hombres y partidos del régimen existe un verdadero abismo; á cuya manifestación acaba de adherirse por su parte el Sr. Montero Ríos en el Senado. Mas luego, con el mismo desahogo que si fuese y

hubiesen ellos dicho lo contrario, invocan el testimonio de las elecciones últimas (1), que es decir una de aquellas ficciones denunciadas como tales por ellos mismos, en concepto de

---

(1) El día 21 de Abril de 1903, publicaban los diarios madrileños *El Liberal* y *El País* una carta del señor Costa que rotulaban *La urna del «Reina Cristina»*, la cual fué dirigida á Dorado, Ureña y Moreno Barcia, con motivo de un homenaje que á dichos tres señores rindieron los republicanos de Madrid.

El País, comentando el contenido de la carta, dice lo siguiente: «Es un treno de Jeremías, un apóstrofe épico contra gobiernos é instituciones, un elocuentísimo llamamiento al país. No puede leerse esa hermosísima epístola sin un profundo estremecimiento de pena, de remordimiento, de ira. Costa llega á lo sublime en este admirable documento.»

De la referida carta tomamos los siguientes párrafos:

«Achaques de salud, ya conocidos de ustedes, me obligan á pasar en el retiro y en la cama esas horas que me serían tan agradables á su lado y que disiparían acaso alguna de estas grandes tristezas nacionales que ensombrecen mi espíritu y que, á trechos, hasta toman color de remordimiento.

»Entre aquel 25 de Marzo último, en que el partido republicano resucitó de entre los muertos, encendiendo en el pecho de los españoles una esperanza de redención, y este 26 de Abril en que tantas urnas se abrirán como sepulcro de Lázaro, inmensa calumnia al otro mundo, ha surgido del fondo de la bahía de Cavite una urna gigante, bautizada allá en tiempos con el nombre fatídico de *Reina Cristina* (no olvidemos el *Reina Regente)*, que guardaba en su vientre ochenta cadáveres de oficiales é hijos del pueblo. ¡Ah! esos ochenta cadáveres forman por sí solos todo un cuerpo

prueba para acreditar que sólo á ellos quiere verdaderamente el país y que el partido republicano es una antigualla fuera de toda realidad.

Sírvanle á *El Popular* estas burlas como espuela para incitar al país á que acabe de vol-

electoral. Y ese cuerpo electoral ha votado. ¿Contra quién? ¿contra el gobierno? ¿á favor nuestro? No; contra nosotros y contra el gobierno. Esos muertos se han alzado, envueltos en esta tela querida, que fué símbolo y bandera de la Patria y que no es ya más que un sudario; y yo los veo, en la oscuridad de la noche, que me miran sin ira, tristemente, como una reconvención suave, callada, mezclada de compasión, diciéndome nada más: «¿qué te habíamos hecho nosotros? ¿por qué nos dejaste morir?» Y yo no sé qué responderles; yo no sé más que estremecerme de angustia y de vergüenza, porque tienen razón; porque es verdad que no los mataron los yankis; los mató su país, y yo he tenido mi parte en ese asesinato; porque he consentido, y sigo consintiendo.....

»Los gobernantes que prepararon en treinta años de gobierno aquella tragedia espantosa, son los mismos que gobiernan ahora; y gobiernan igual que gobernaron entonces, es decir, preparando una tragedia nueva para estos pobres niños que ahora nacen y sonríen á su madre desde el regazo, y nosotros lo aprobamos; ¡lo aprobamos! porque no basta protestar con los labios, si las manos permanecen abstinentes; como decía el Apóstol: *non enim in sermone, ad in virtute est regnum Dei*. ¿Habrían hecho lo que entonces hicieron, estarían todavía en el poder, si nosotros hubiésemos querido de verdad que se marcharan? ¿Habrían sufrido muerte tan horrible, desamparados de nosotros, aquellos 80 hermanos nuestros, y no siquiera por defender á la patria,

ver en su acuerdo y requiera por fin la escoba y barra esta banda macabra de momias escapada del panteón de las historias muertas, que acampa en la Península y le comunica su inmovilidad, su polilla y su rigidez, que con cómica gravedad reclama á los vivos los títulos que tienen para vivir y amenaza con encerrar en los anaqueles desalojados del Museo Arqueológico lo que hay ya de progresivo y siglo XX en las ciudades y ha llenado de sufragios verdad sus colegios electorales, votando el fin de la dinastía y la jubilación de los dinásticos y palatinos que le sacrificaron criminalmente el país.

Los periódicos de Madrid llegados hoy á este pueblo refieren, en su información telegráfica de Cartagena, que al tiempo en que el rey llegaba al puerto para embarcarse en el *Giralda,*

---

no por defender á *Reina Cristina* buque, sino por defender á *Reina Cristina* institución?

»Allí, allí, en aquella urna de acero de Cavite, está la verdad, la grande desoladora verdad que viene á despertarnos: las urnas de aquí son sólo un indigno juego, de donde no ha podido salir sino ruina y deshonor para la patria.

»Que ahora aquellos gloriosos muertos sean espuela para avivar nuestro arrepentimiento, ya que sólo á beneficio de él podremos decir, sin que sea figura retórica, que la aurora de la revolución ha principiado á clarear y que la dinastía tiene sus horas contadas.—JOAQUIN COSTA.»

escoltado por lucidísimo séquito, resplandeciente de bordados, agremanes, cruces, bandas, galones, plumas y cascos, uniformes y dalmáticas, mazas y espadines, se advirtió el contraste amarguísimo que formaba un grupo de labriegos emigrantes que estaban aguardando, con su mísero hatillo, tristes y silenciosos, en las escalerillas del muelle, la salida del barco que había de trasladarles á Orán. Los periódicos ponen por epígrafe á la noticia «Contraste horrible». ¡Y tan horrible! Por raro acaso, habíase juntado allí la más genuina representación de lo que Benjamín Disraeli denomina «las dos naciones», tan extrañas la una á la otra como si habitaran planetas diferentes: la España parasitaria, que debiera emigrar y se queda, y la España verdad, que debiera quedarse y emigra. A un lado, los que usurpan y contrahacen la soberanía, volviéndola en su exclusivo provecho; á otro, los verdaderos soberanos, que se la dejan escamotear por no saber hacer aún de cada hoz un cetro. Allá los gallardetes mentirosos que flamean al viento, decorando una fiesta de percalina; aquí, el cimiento inconmovible sobre que habría podido edificarse una España grande. ¡Y se habrían quedado sin programa los republicanos!

. . . . . .

INDICE

Págs.

Relación de obras de D. Joaquín Costa..... 2

CAPÍTULO PRIMERO

Las Víctimas de la República: A Zaragoza..... 7
Encogimiento del territorio nacional..... 10
Discordias de los republicanos..... 19
Víspera de Inocentes 22
Me nombrasteis un día Diputado..... 31
Inconvenientes de los republicanos en el Parlamento..... 40
¡Manos! ¡Manos!..... 41
Centenario de los sitios..... 42

CAPÍTULO II

En busca de hombres..... 45
La monarquía, autora; y los republicanos, cómplices..... 49
La continuación del *statu quo* está anulando la virtud redentora de la República..... 52
Segunda causa de la urgencia: la vieja plana mayor..... 56
La República para las clases neutras principalmente..... 58
Programa político, en una postal..... 58

Págs.

La misión de la República. Qué debe entenderse por revolución de arriba..... 65
La dinastía no puede hacer la revolución: política-cominera..... 74
A la República por patriotismo..... 76
Condiciones para que haya partido republicano de verdad..... 78
¿Víspera ó día siguiente?..... 80
Para que España viva..... 81
La noche triste..... 82

CAPÍTULO III

Informe acerca del proyecto de ley llamada del terrorismo..... 85

OPINIONES DE LA PRENSA

Sea bien venido..... 97
«El solitario de Graus»..... 99 100
El león de Graus..... 103
Costa en Madrid..... 106
Vaso espiritual..... 107
Costa..... 110
Los hombres representativos..... 113

CAPÍTULO IV

Las dos naciones..... 119
La urna del *Reina Cristina*..... 122

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU